

TECANA AMERICAN UNIVERSITY
Postdoctoral Program in History



Tesis Posdoctoral

**La guerra y el conflicto en Colombia desde la perspectiva de la narrativa
histórica durante la segunda mitad del siglo XIX.**

Luis Rubén Pérez Pinzón

“Por la presente juro y doy fe que soy el único autor del presente informe y que su contenido es fruto de mi trabajo, experiencia e investigación académica”.

Bucaramanga, 29 de mayo del 2014

TECANA AMERICAN UNIVERSITY

Postdoctoral program in History

999A Tesis Posdoctoral

**La guerra y el conflicto en Colombia desde la perspectiva de la narrativa
histórica durante la segunda mitad del siglo XIX.**

Por: Luis Rubén Pérez Pinzón

RESUMEN

Esta Tesis Posdoctoral es un requisito del Posdoctorado en Historia de Tecana American University a través de la cual se demuestran los resultados obtenidos al estudiarse el papel de la narrativa histórica en la comprensión de las causas de las luchas sociopolíticas y la severidad homicida de las guerras civiles que caracterizaron al Estado y Departamento de Santander, Estados Unidos de Colombia, durante la Segunda Mitad del siglo XIX (1850 – 1902). Para tal fin, se emplearon los enfoques filosóficos de W. Walsh, H. White y C. Gutiérrez, las recomendaciones metodológicas de L. Giraldo, V. Pérez y L. Perez P., así como los estudios en historia económica y empresarial de V. Bulmer, J. Ocampo, C. Dávila y C. Carreño.

La investigación cumplió con un objetivo general mediante el cual se pretendía: “Contribuir a la comprensión de la historia de la guerra y el conflicto en Colombia de manera original y aplicada a partir del análisis filosófico, historiográfico y narrativo de los relatos y representaciones históricas sobre las luchas sociopolíticas y los conflictos bipartidistas en Santander durante la segunda mitad del siglo XIX”. El proceso de estudio seguido se dividió en cinco objetivos específicos evidenciados en seis capítulos mediante los cuales se analizaron los alcances investigativos de la narrativa histórica, así como las alternativas teóricas y metodológicas a seguir con los relatos de los empresarios y combatientes de las guerras civiles en Colombia.

Palabras Claves: Historia, Colombia, Política, Guerra, Narrativa histórica

TECANA AMERICAN UNIVERSITY

Postdoctoral program in History

999A Tesis Posdoctoral

The war and conflict in Colombia from the perspective of the historical narrative on second half of the nineteenth century.

By Luis Rubén Pérez Pinzón

ABSTRACT

This Postdoctoral thesis is a requirement of Postdoctoral in History from Tecana History American University through which are shown the results obtained to study the role of historical narrative in understanding the causes of socio-political struggles and severity murderous civil wars characterized the State Department of Santander, United States of Colombia, during the second half of the nineteenth century (1850-1902). To this end, were used philosophical approaches W. Walsh, H. White and C. Gutierrez, methodological recommendations of Giraldo, V. Perez and L. P. Perez, and studies in economic and business history of V. Bulmer, J. Ocampo, C. Dávila and C. Carreño.

The research complied with a general objective by which it was intended: "To contribute to the understanding of the history of war and conflict in Colombia with applied an original form and philosophical, historiographical and narrative analysis of the stories and historical representations of sociopolitical struggles and conflicts bipartisan in Santander in the second half of the nineteenth century ".The study process followed was divided into five specific objectives evidenced in six chapters, which were analyzed by the research scope of historical narrative and theoretical and methodological alternatives to follow with the stories of entrepreneurs and combatants of the war in Colombia.

Keywords: History, Colombia, Politics, War, Historical Fiction

ÍNDICE GENERAL

RESUMEN		2
ABSTRACT		3
INTRODUCCIÓN		6
CAPÍTULO 1	EL PROBLEMA DE LA INVESTIGACIÓN	6
	1.1. Planteamiento del Problema	7
	1.2. Justificación de la investigación	8
	1.3. Objetivos	8
	1.3.1. Objetivos Generales	8
	1.3.2. Objetivos Específicos	9
	1.4. Alcances	9
	1.5. Limitaciones	9
CAPÍTULO 2	MARCO TEÓRICO	10
	2.1. Marco Referencial y Antecedentes	10
	2.2. Bases teóricas	32
CAPÍTULO 3	ENFOQUES	49
CAPÍTULO 4	MARCO METODOLÓGICO	62
	4.1 Tipo, diseño, instrumentos, procedimiento	63
	4.2 Análisis e interpretación de datos	74
CAPÍTULO 5	CONCLUSIONES	84
CAPÍTULO 6	RECOMENDACIONES	93
	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	94

LISTA DE GRÁFICOS

GRÁFICO

América Latina. Títulos en formato electrónico registrados, según materia 2012	30
Distribución del número de masacres del conflicto armado en Colombia, 1980-2012	41
Proporción de la economía mundial en recesión, 1901 a 2009 (Porcentajes)	51
Participación de los impuestos en el PIB, 1765-1870 (Porcentaje)	65
Severidad (ajustada) de las Guerras en Colombia	76

INTRODUCCIÓN

La Tesis Posdoctoral que representa este informe contribuye al estudio de la Historia de la Violencia y el Conflicto en Colombia desde una perspectiva analítica alternativa como son las autorepresentaciones narrativas y los relatos literarios.

A diferencia de otros estudios sobre la violencia y la victimología en América Latina, la tesis demuestra la importancia que tienen los relatos literarios y las representaciones históricas sobre las luchas sociopolíticas y los conflictos bipartidistas en Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX, constituyéndose en la mejor alternativa para comprender de forma directa y concreta las razones del conflicto entre los “guerreros”, y consigo, hacer un aporte significativo a la historia de la guerra y el conflicto en Colombia desde perspectivas filosóficas (Capítulo 2), historiográficas (Capítulo 3) y narrativas (Capítulo 4) de las fuentes históricas consultadas. Para ello, acorde a los alcances y profundidad de los resultados correspondió a una investigación descriptiva, según la información corresponde a una investigación teórica – formal y, por el origen de las fuentes corresponde a una investigación de archivos históricos, discursos literarios y depósitos bibliográficos.

Se empleó un diseño no probabilístico, a juicio y criterio del autor, a partir de la información obtenida en archivos históricos y depósitos bibliográficos por medio de capturas digitales y el procesamiento de la misma a través de procesadores de texto digitales. Acorde a cada fuente explorada y seleccionada se procedió a capturar, descargar y clasificar la información en carpetas digitales acordes con los objetivos de la investigación. Finalmente, se empleó un método de análisis crítico-comparativo (hermenéutico) y un método de reconfiguración e interpretación de los datos de carácter deductivo.

La tesis está organizada a partir de un objetivo general y cinco objetivos específicos los cuales se desarrollan en seis capítulos titulados: El problema de la investigación, marco teórico, formulación de hipótesis, marco metodológico, conclusiones y recomendaciones.

CAPÍTULO 1: EL PROBLEMA DE LA INVESTIGACIÓN

1.1 Planteamiento del Problema. La Tesis Posdoctoral es un requisito del Posdoctorado en Historia de Tecana American University a través del cual se demuestran los resultados obtenidos al estudiarse en profundidad un tema propio del campo de conocimiento estudiado y perfeccionado durante los cursos aprobados.

Ante la creciente dependencia de los historiadores aficionados, académicos y profesionales en el uso de las fuentes oficiales para explicar la Historia política, económica y empresarial de Colombia durante el período de las guerras civiles, ésta tesis plantea la necesidad de resignificar y redimensionar el papel de la narrativa histórica en la comprensión de las causas de las luchas sociopolíticas y la severidad homicida de las guerras civiles que caracterizaron al Estado y Departamento de Santander, Estados Unidos de Colombia, durante la Segunda Mitad del siglo XIX (1850 – 1902). Para ello, la tesis da respuesta a la pregunta – problema ¿Son los relatos y representaciones históricas sobre las luchas sociopolíticas y los conflictos bipartidistas en Santander durante la segunda mitad del siglo XIX la mejor alternativa para contribuir a la comprensión de la historia de la guerra y el conflicto en Colombia de manera original y aplicada a partir del análisis filosófico, historiográfico y narrativo de las fuentes históricas y literarias conservadas?.

Una propuesta de tales características requiere en primer lugar establecer las perspectivas e innovaciones analíticas y narrativas promovidas por la filosofía – crítica- de la Historia en la redefinición subjetiva de la historiografía desde la perspectiva de los relatos locales y particulares, haciendo énfasis en el papel transformador de las perspectivas interpretativas (o hermenéuticas) en Colombia. A partir de ello se pueden identificar las características y oportunidades analíticas que ofrece la narrativa histórica en los procesos de construcción de la “memoria histórica” acerca de las guerras civiles, la violencia y el conflicto.

Desde una perspectiva metodológica e historiográfica es necesario describir las transformaciones económicas y sociales de Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX, así como los efectos sociopolíticos de las decisiones de los

empresarios capitalistas nacionales y extranjeros de Colombia desde mediados del siglo XIX como factores generadores de los conflictos y guerras civiles. Finalmente, articuladas las propuestas teórico-conceptuales con las fuentes histórico-sociales sobre un contexto común caracterizado por decisiones, transformaciones y efectos político-económicos reconocibles a través de la narrativa histórica de la segunda mitad del siglo XIX resulta posible redimensionar el papel de los relatos de los combatientes y testigos de las luchas armadas al ser fuentes para la historia literaria del conflicto sociopolítico como para la literatura histórica de las guerras y las formas combinadas de violencia bipartidista e irregular.

1.2 Justificación. El Programa de Postdoctorado de TAU permite a los profesionales con título de doctorado “aumentar los conocimientos en sus áreas específicas”. Para tal fin, realizan “avanzadas investigaciones independientes y prácticas que fomentan la plena realización en el desarrollo continuo de sus competencias, habilidades y destrezas en el progreso personal así como de sus profesiones, tanto local como regional, motivando la capacidad de liderazgo en la dirección de sus proyectos específicos y las exigencias de la globalización y la colaboración internacional”. Desde esas consideraciones éste informe presenta los resultados obtenidos durante la investigación documental adelantada a lo largo del curso 999A Tesis Posdoctoral, el cual hace parte de los requisitos del Programa de Postdoctorado en Historia de TAU.

1.3 Objetivos

1.3.1 General.

Contribuir a la comprensión de la historia de la guerra y el conflicto en Colombia de manera original y aplicada a partir del análisis filosófico, historiográfico y narrativo de los relatos y representaciones históricas sobre las luchas sociopolíticas y las luchas bipartidistas en Santander durante la segunda mitad del siglo XIX.

1.3.2 Específicos

1. Establecer las perspectivas e innovaciones analíticas y narrativas promovidas por la filosofía –crítica- de la Historia en la redefinición subjetiva de la historiografía desde los relatos locales y particulares, haciendo énfasis en el papel transformador de los enfoques interpretativos (o hermenéuticos) en Colombia a partir de las propuestas analíticas de W. Walsh, H. White y C. Gutiérrez.

2. Identificar las características y oportunidades analíticas que ofrece la narrativa histórica en los procesos de construcción de la “memoria histórica” acerca de las guerras civiles, la violencia y el conflicto en Colombia a partir de los estudios y propuestas interpretativas de G. Sánchez, S. Corcuera y H. White.

3. Describir las transformaciones económicas y sociales de Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX a partir de los trabajos recientes en historia económica latinoamericana, particularmente desde los enfoques analíticos de V. Blumer – Thomas, J. Ocampo y F. Safford.

4. Analizar los efectos sociopolíticos de las decisiones de los empresarios capitalistas nacionales y extranjeros de Colombia desde mediados del siglo XIX como factores generadores de los conflictos y guerras civiles a partir de las investigaciones historiográficas y los trabajos de grado en Historia asociados con los proyectos industriales del inmigrante Geo von Lengerke durante la existencia del Estado Soberano de Santander (1857-1886).

5. Redimensionar el papel de los relatos de los combatientes y testigos de las luchas armadas al ser fuentes para la historia literaria del conflicto sociopolítico como para la literatura histórica de las guerras y las formas combinadas de violencia bipartidista e irregular a partir de las reflexiones de L. Giraldo, V. Pérez y L. Pérez Pinzón.

1.4 Alcances.

La investigación demuestra desde el estudio en profundidad de un tema y problema la contribución del Posdoctorado en Historia de TAU a la Historia de Colombia.

1.5 Limitaciones.

Durante el desarrollo de la investigación postdoctoral no existieron limitaciones de carácter administrativo, documental o procedimental siendo cumplidos los objetivos.

CAPÍTULO 2: MARCO TEÓRICO

2.1 Marco Referencial y Antecedentes. [Filosofía crítica y narración histórica]

El renacer del relato particular, por un particular. La fragmentación y desconfianza con la verdad absoluta que representa lo dado como histórico, y por ende como universal, cierto, irrefutable e inmodificable, requiere reconsiderar que representaba en sus orígenes la filosofía para la historia. Los teóricos de la historia durante el siglo XX defendieron la condición de ciencia que se le debía adjudicar y reconocer a la Historia como a los historiadores. Para ello, la corriente positivista alemana planteó desde la filosofía de la ciencia que la Historia era ciencia porque al igual que los demás campos del conocimiento sus resultados e impactos eran resultado de la observación, la reflexión conceptual y la verificación de la naturaleza, específicamente de la naturaleza humana a través del tiempo y por medio de demostraciones sobre hechos o fenómenos particulares.

Los teóricos idealistas británicos asumieron a la Historia como una ciencia (Collingwood, 1970), que si bien no puede desarrollar teorías inductivas sobre toda la naturaleza, se caracteriza por ofrecer “un cuerpo conexo de conocimientos a los que se llegó metódicamente, pero es una ciencia de un tipo peculiar. No es una ciencia abstracta, sino concreta, y termina no en conocimientos generales sino en el conocimiento de verdades individuales” (Walsh, 1980: 45). Las verdades son individuales porque el objeto de estudio, la realidad histórica estudiada, se analiza y caracteriza desde su detalle individual. Así mismo, al no optarse por la generalización del todo natural es necesario centrar la perspectiva en la particularidad individual, grupal o colectiva. No obstante, la suma de experiencias y prácticas individuales analizadas, comparadas y correlacionadas pueden propiciar conclusiones generalizadoras sobre tendencias o similitudes que no se asumen como leyes o constantes universales al ser evidencias de hechos y experiencias de mentes humanas analizadas desde una perspectiva posible por una mente humana discontinua al hacer parte de otro ambiente, tiempo y contexto.

De tal manera, quienes reconstruyen el pasado sin importar sus excluyentes denominaciones como científico social, historiador, narrador o literato, de manera teórica como metódica y metodológica tienen la misma pretensión: acceder desde sus estructuras internas a los pensamientos y experiencias que son propiciadas o condicionadas por las estructuras externas de la naturaleza. De tal manera, quienes estudian y recrean los sucesos del pasado al no poder restablecer o demostrar los procesos físico-químicos que vivenciaron sus objetos de estudios son condicionados a centrarse en los hechos y las manifestaciones psico-físicas plasmadas en las evidencias que se conservan acerca de su existencia. Tal pretensión de penetrar en el consciente e inconsciente de generaciones humanas pretéritas (Bloch, 1988; 1996), ese afán por cuestionar y recrear los pensamientos, sentimientos e imaginarios de los seres del pasado para dar sentido o revalidar los valores y principios de lo que son y hacen sus herederos en el presente, resulta ser una preocupación tan antigua como la pretensión misma de hacer historia. Toda forma de “pensamiento histórico”, tanto la que emplean con rigurosidad los historiadores científicos como las descripciones poéticas y metafóricas del narrador histórico, se caracteriza por pretender captar los pensamientos, las experiencias y los sucesos acontecidos “de un modo único porque podemos repensarlos o revivirlos, poniéndonos imaginariamente en el lugar de las personas, pasadas o presentes, que los pensaron o las experimentaron primero” (Walsh, 1980: 45).

Comprender y reconfigurar lo que aconteció en el pasado y la manera como puede ser re-significativo para el presente, tanto para el científico (el historiador profesional) como para el literato (el historiador pagano), tiene entre sí un elemento común como es la convicción que sus hallazgos y aportes al conocimiento son indispensables al ser fruto de “una valoración equilibrada de su propia época” (Walsh, 1980: 210). Es inevitable que lo que se recrea desde el pasado pueda ser considerado inútil, fruto de la ociosidad o plagado de ficciones y prejuicios pero no es posible predecir su efecto final entre los públicos (especialistas, letrados, ordinarios y profanos) que demandarán o redescubrirán con el tiempo las pretensiones y

obsesiones de quienes indagan en el pasado conmovidos o alterados por las ambigüedades de su presente. A diferencia de la modestia imperante en el historiador profesional quien se especializa en temas o problemas históricos que no excitan ni trascienden entre el público general al tener una visión gremial y congregacional asociada con la construcción y consumo cerrado del conocimiento histórico, los estudiosos y relatores del pasado han asumido que sus creaciones deben trascender y constituirse en referente de lectura y consulta para las gentes de su tiempo al librarse de las ataduras corporativas y las sumisiones científicas dominantes entre las academias, universidades y grupos editoriales. Al igual que los primeros textos considerados como históricos, no es la rigurosidad en la técnica y la confianza en la objetividad lo que da sentido y utilidad a lo que se reconstruye del pasado pues tras la reorganización y selección de lo que se debe considerar como “hecho verdadero” existe un narrador con sus propias expectativas, intereses y prejuicios.

Ese equilibrio entre lo que el escritor pretende que sea trascendental y lo que se asume que es necesario de comprender por el lector permite pensar en una definición acientífica y en un propósito no convencional de la Historia, según la cual antes que ciencia es “la *novela del pasado* vista por un individuo particular, que hace su selección entre la multitud de sucesos del pasado de acuerdo con sus peculiares prejuicios” (Walsh, 1980: 216). De tal manera, cada “historiador” asumiendo el ethos, las técnicas y las preocupaciones de todo aquel que ejerce el oficio de “escritor” (entiéndase “literato” o profesional en “estudios literarios”) es en esencia:

...un personaje que tiene algo que contar, que es él una persona particular que lo cuenta y que, en cualquier caso, lo hace pensando en un tipo general de público. El modo como alguien cuenta una historia depende no sólo de lo que tiene que decir; depende también, en aspectos con los que todos estamos familiarizados, de sus propios intereses y prejuicios y los de las personas en cuyo beneficio habla. Esto no quiere decir que los relatos sean irreparablemente tendenciosos; sólo quiere decir que todo relato contiene una exposición de los hechos vistos desde un punto de vista particular. Hay, si queremos usar una palabra peligrosa, un elemento subjetivo en todo relato, o para enunciar la cuestión de manera menos engañosa, toda narración es

narración de alguien, hecha, podemos añadir, a otro individuo u otros individuos. Tratar a una narración sin referencia al narrador ni al auditorio es no tomar en cuenta algo de verdadera importancia (Walsh, 1980: 214).

El “eterno retorno” al relato poético particular sobre lo histórico. Si bien la perspectiva realista de W. Walsh sobre los fines y alcances de la Historia y la Historiografía en la contemporaneidad no concuerdan con los dogmas científicos enseñados en las universidades o aquellos que son exigidos por los editores de libros y revistas científicas, resulta relevante reconocer que la visión narrativa, selectiva, interpretativa y valorativa hace parte de los orígenes mismos de la Historia como conocimiento formal.

Griegos como Tucídides y Herodoto advirtieron en sus obras sobre la importancia de los juicios históricos (o juicios de valor sobre lo acontecido) a partir de los testigos y testimonios seleccionados e intencionalmente organizados para sustentar lo que previamente se había concebido y planificado como narrable (u ocultable) y los personajes que debían ser exaltados e inmortalizados entre todos los demás. La intención y el sesgo resultaban ser desde entonces características comunes entre historiadores como entre literatos al ser inalcanzable e infinito el conjunto de posibilidades narrativas para averiguar y demostrar con evidencias lo que “realmente ocurrió”. De tal manera, los juicios de valor sobre el pasado que el historiador emite y asume como incuestionables al considerar que son comprendidos y aceptados como parte del respeto y la autoridad que inspira resultan ser tan válidos como los supuestos expuestos por los escritores insurrectos e inconformes que usan otras preguntas, técnicas y narrativas para comprender y enjuiciar desde sus componentes intrínsecos a un mismo hecho.

La Historia resulta ser entonces tanto cambio en el tiempo del objeto de estudio como cambio en el contexto de los hechos y los textos estudiados al ser rescrita y revalorada constantemente. Un ejemplo relevante de ello es lo que se ha escrito, lo que se escribe e inevitablemente se escribirá sobre la historia de la ciencia, la técnica y la tecnología al ser revisada y rescrita desde el siglo XIX considerando

generación tras generación, revolución tras revolución, diferentes contextos y juicios explicativos a partir de interpretaciones políticas o económicas, desde las luchas de clases o las genialidades individuales, desde los aportes e inversiones corporativas o la comercialización de las invenciones. Para los eruditos en esos campos los conflictos de autoridad empiezan cuando sus análisis rigurosos son comparados o minimizados respecto a los estudios en historia de la literatura que realzan el impacto sociocultural y el papel de la ciencia ficción como fuente válida para la comprensión y contextualización de ese tipo de temáticas.

La primera intención que Heródoto de Halicarnaso tuvo al componer su Historia (“Los Nueve libros de la Historia”) estaba asociada con su preocupación de impedir el desvanecimiento u oscurecimiento de la memoria de tres hechos esenciales para la vida de los seres humanos en la antigüedad como eran: La vida política recreada a través de los hechos públicos de los grandes hombres (Ciro y Darío), la vida militar rememorada a través de las “grandes y maravillosas hazañas” (Heródoto, 1983: I) (reinados de lidios, griegos, egipcios y persas) y, la vida civilizatoria reafirmada a través de los sucesos, causas y motivos de las guerras entre las naciones civilizadas y las bárbaras, que en el contexto del autor estaban relacionadas con los conflictos entre Griegos y Persas durante dos guerras médicas. Desde la perspectiva del “padre de la Historia”, los resultados de sus observaciones, testimonios, análisis y comparaciones etnográficas a partir de sus viajes por entre los pueblos, las culturas y civilizaciones del mundo conocido hasta entonces tenían como fin reafirmar los valores y principios que sustentaban la grandeza y el expansionismo de la cultura a la que pertenecía y representaba (helenización transcultural). Para ello, su interés, selección y sesgo analítico estaban asociados al estudio de la vida de los grandes gobernantes y de los grandes guerreros para demostrar la superioridad y grandeza de su nación civilizada sobre el resto de la humanidad (anecdotario personal).

De igual manera, su autonomía narrativa para reconstruir lo acontecido a partir de lo que consideraba válido o útil de seleccionar y juzgar se evidenció en su decisión de hacer una descripción universal y totalizante; sus fuentes fueron tanto los

vestigios e informes oficiales como los datos suministrados por oráculos, poetas, logógrafos, y especialmente, los mitos como los literatos jonios de su época. Empleó la prosa y la retórica literarias de su tiempo para dar a conocer su versión de lo acontecido; apeló a descripciones cronológicas y a datos constatables sin caer en abstracciones metafísicas, y consigo, organizó los nueve volúmenes de la obra invocando los imaginarios cognitivos de su tiempo asociados con las nueve musas de la antigüedad. Así mismo, Herodoto siendo el viajero dueño de las fuentes y el narrador responsable del relato fue quien decidió en toda la obra qué de lo que se le informaba decidía referirlo al lector y con cuáles fuentes no estaba dispuesto a “creérmelo todo a rajatabla” (Heródoto, 1983: VII). Así mismo, se propuso referir los hechos históricos (“las cosas”) sobre una nación o rey empleando referencias diferentes a los de sus connacionales evitando así las versiones que hacían alarde de las hazañas de sus héroes, reyes y victorias para dar importancia solo a aquellos testimonios y relatos “que las cuentan como real y verdaderamente pasaron” (Heródoto, 1983: I).

Tucídides con su “Historia sobre la guerra del Peloponeso” al recrear las batallas y guerras entre atenienses y espartanos (peloponesios) optó en oposición a la Historia deísta, universalizadora y civilizante de Hérodoto por una narración histórica particular y nacionalista caracterizada por el rigor analítico de los sucesos contrastando sus experiencias personales con los testimonios particulares de los protagonistas y los vestigios de los hechos producidos por los hombres acerca de las acciones humanas a partir de las causas que llevaron a los griegos a guerrear entre sí y las consecuencias que ello generó para las siguientes generaciones.

El padre de la Historiografía optó por liberarse de la dependencia tradicional de las referencias y los referentes testimoniales al decidir examinarlos y juzgarlos rigurosamente a partir de un método sofisticado que superó la anécdota reivindicadora de las grandes hazañas y hombres para dar mayor importancia a las interpretaciones metafísicas sobre lo acontecido y el juicio histórico a los efectos de las decisiones tomadas. Siendo General activo durante la guerra y Ciudadano vencido y expatriado

durante la derrota se propuso con su historia garantizar al lector la veracidad de lo narrado para lo cual sustituyó las técnicas anecdóticas tradicionales por un análisis objetivo y en profundidad de los testimonios y documentos que recolectó entre ambos bandos durante su exilio con el propósito de identificar los motivos, intereses y miedos de los combatientes políticos y militares al enfrentarse en el foro como en los campos de batalla.

Ello se evidencia desde el inicio de la Historia al manifestar el investigador que las guerras entre los griegos propiciaron “grandes y notables hazañas por mar y tierra”, las cuales no hubiesen sido posible sin las “oraciones y razonamientos prudentes y avisados a propósito de paz y guerra” (Tucídides, 1564) que el historiador extrae, recrea o rememora de sus protagonistas. Demostrando así que los grandes acontecimientos siempre serán resultado de las deliberaciones, decisiones y acciones particulares. Tucídides optó por escribir por el tema de mayor interés para los hombres de su tiempo. Asumió que su esfuerzo como combatiente, testigo y compilador de evidencias sería del interés general porque trataría de la mayor y más digna de las guerras que nunca antes habían experimentado los griegos en su momento de mayor riqueza y apogeo material, constituyéndose en un fenómeno de interés general al sumarse a ella tanto los pueblos civilizados como los bárbaros.

Sin embargo, su mayor interés y preocupación era constituirse en portador incuestionable de la verdad sobre lo acontecido. Es por ello que decide hacer la historia sobre una guerra inmediata a su presente desde la perspectiva del ciudadano - combatiente al tener la certeza que “de las guerras anteriores, especialmente de las más antiguas, es imposible saber lo cierto y verdadero, por el largo tiempo transcurrido, y a lo que yo he podido alcanzar por varias conjeturas, no las tengo por muy grandes, ni por los hechos de guerra, ni en cuanto a las otras cosas” (Tucídides, 1986: 25).

Los juicios sobre el pasado de sus ascendientes y los miembros de su nación son sustentados en los descubrimientos que había hecho durante décadas llegando a

tener la confianza de ser el más experto y documentado de todos los hombres de su tiempo sobre el tema a tratar. Al respecto manifestaba: “Tales fueron las cosas antiguas de Grecia, según he podido descubrir; y será muy difícil creer al que quisiera explicarlas con detalles más minuciosos, porque aquellos que oyen hablar de las cosas pasadas, principalmente siendo de las de su misma tierra, y de sus antepasados, pasan por lo que dice la fama sin curar de examinar la verdad” (Tucídides, 1986: 32).

Esa particular capacidad de saber lo que los demás griegos no conocían o recordaban acerca del pasado común como resultado de sus hallazgos y análisis rigurosos (*rerum gestarum*) le autorizaban a su vez para descalificar los trabajos de otros relatos históricos, específicamente los de Homero y Herodoto, quienes soportaban su verdad en la transcripción de los relatos y testimonios de los hombres sabios de cada nación al ser considerados fuentes fidedignas e incuestionables de lo acontecido (*res gestae*). Llegando a ser tan consistente su presunción que desautorizó y negó la verdad simbólica que contenían y representaban las historias, mitos y leyendas de la tradición oral griega (*res memoria*) al considerarlas ficciones y fabulaciones para complacer al público que demandaba la versión tradicional de lo acontecido (Tucídides, 1986: 32).

La obsesión de Tucídides por ser fiel a la verdad sobre lo acontecido ha sido cuestionada por su pretensión de dar a los personajes históricos una vida propia no demostrable desde las fuentes; al darles voz, juicios, pensamientos y cuestionamientos reconstruyendo sus cavilaciones o recreando sus deliberaciones ante el foro. Como historiador riguroso aconsejaba a sus lectores a “que no demos fe del todo a lo que dicen los poetas” (Tucídides, 1986: 28) porque desde Homero a los poetas les era conveniente “engrandecer y adornar la cosa más de lo que parecía”. Sin embargo, en su Historia de forma recurrente y acorde con su “parecer” adopta la condición literaria de un narrador metadieético del drama humano que vivieron los griegos a través de párrafos conectores entre diálogos cuya grandeza, adorno o fidelidad solo son definidas por el poeta-historiador. Ejemplo de ello es el párrafo siguiente: “*De esta manera habló Atenágoras, y tras él otros muchos quisieron*

razonar, más se levantó uno de los gobernadores principales de la ciudad y no permitió a ninguno que hablase, *expresándose él* en los siguientes términos...” (Tucídides, 1986: 353).

El primer historiador que averiguó tanto sobre el tema de su interés sin dejar pasar por alto los indicios y argumentos que le permitían estar seguro de poseer el conocimiento verdadero terminó por aceptar y promover la existencia de las acciones poéticas y literarias que cuestionaba a través de su propio relato. Reconoció que los historiadores de su tiempo acostumbraban a agregar diálogos, cavilaciones y fragmentos de textos literarios a sus discursos de hallazgos científicos, así como aceptó que todos los testimonios pueden ser confiables respecto a la objetividad sobre lo acontecido o recordado. De allí que para garantizar la perpetuidad del acontecimiento relatado y la incuestionable veracidad de sus hallazgos justificó las figuras y técnicas literarias a las que apelaba recurrentemente para armonizar el relato cronológico y descriptivo con la recreación dramática de los discursos y las decisiones más importantes de los personajes principales (Tucídides, 1986: 32-33).

A pesar de la diferenciación técnica, metódica y analítica de Herodoto en comparación con Tucídides y su afán por componer y publicar la verdad que no debía ser olvidada, ambos autores coinciden en haber emprendido tareas particulares alterando los cánones y las tradiciones investigativas de su tiempo. En cada uno se puede reconocer que tras la pretensión diferenciadora de sus textos científicos como descripciones cronológicas apegadas a los hechos y testimonios recolectados existe una clara intencionalidad y afectación literaria al emitir juicios históricos, al apelar a ficciones y suposiciones cuando no tenían evidencias contundentes sobre lo sucedido, cuando tenían que seleccionar u ocultar lo que resultaba más importante o válido de dar a conocer acorde a sus propios intereses. La filosofía de la historia que guiaba las acciones de los padres de la Historia, a la cual apeló F. Nietzsche al denunciar los prejuicios de la historia positivista e historicista que impedía la crítica y la libre interpretación del pasado, tenía como fin último la “búsqueda de conexiones radicales en el acontecer histórico”. La causalidad histórica estaba directamente correlacionada

con la subjetividad de los actores históricos al pretenderse obtener conocimiento claro y seguro sobre los seres, las acciones y las valoraciones del pasado.

Así, la pretensión de comprender y explicar las características humanas entre civilizados y bárbaros, entre vencedores y vencidos, requería identificar previamente y de forma práctica las tendencias similares y constantes entre los demás seres de la naturaleza, comprender los actos irracionales para poder manejarlos, moldearlos, estructurarlos y cambiarlos acordes al imaginario de civilidad adoptado desde la polis, y consigo, establecer un lazo entre objeto y sujeto de estudio porque “la realidad objetiva llega a ser algo que puede convertirse en realidad subjetiva” (Corcuera, 1997: 87). El civilizado como objeto histórico existió porque había un sujeto civilizado que había experimentado y reflexionado sobre esa condición, quien estaba dispuesto a reconocerlo, interpretarlo, enjuiciarlo y perpetuarlo entre los demás seres a través de relatos sobre sí mismo y su inmortal superioridad a partir de los testimonios, tradiciones y experiencias de sus opuestos o contrarios. El lenguaje empleado para describir y relatar el pasado tenía como objeto comprender la realidad y las decisiones adoptadas por el ser evocado a partir de las preocupaciones del ser real ante los estímulos y las necesidades del entorno heredado (Lledó, 1978: 126). El hombre presente se acercaba a los hombres del pasado al necesitar comprender y explicar los orígenes de sus prácticas, tradiciones y convicciones, así como los hombres del pasado dejaban de ser alejados u olvidados al ser recordadas sus acciones y decisiones a través de los testimonios y relatos conservados por los guardianes de la memoria histórica, familiar o colectiva para guiar su presente.

Los juicios del relato literario ante los prejuicios del relato cientificista. La búsqueda de conocimiento en el pasado al igual que el escudriñar los secretos de la naturaleza visible e invisible, del espacio exterior como del espacio imaginado más allá de las fronteras galácticas, requiere siempre una disposición a viajar y adaptarse a las condiciones y características de esas formas de conocimiento. Para ello se debe estar dispuesto a percibir diferentes maneras de vivenciar un fenómeno, así como reconocer y comprender diversas formas de ser recordado, narrado o divulgado por

los viajeros la “verdad” sobre ese fenómeno. Al igual que la metáfora cartesiana sobre el viaje emprendido por el padre del racionalismo hipotético - deductivo a través del “gran libro del mundo” (Descartes, 2006: I) al resultarle insuficientes los aportes de los libros impresos y los conocimientos científicos en las universidades, toda forma de aprendizaje requiere la predisposición del aprendiz en su condición de curioso novato o de profesional experto por: estudiar teóricamente con una finalidad práctica, querer aprender, deleitarse aprendiendo, explicar de forma particular lo incomprensible o aceptado como dado e inmutable de forma colectiva.

Quienes gozan viajando al pasado para conocer lo olvidado u ocultado, quienes se deleitan saciando su curiosidad por temas y problemas que solo interesan a un grupo de expertos o a una comunidad científica que solo desea saber e incrementar sus conocimientos sobre una situación acontecida e imaginada como importante sin aplicaciones productivas, científicas o técnicas para la sociedad temporal con la que coexisten, siempre tienden por anteponer sus deseos espirituales de juzgar a las posibilidades materiales de prosperar o desarrollar saberes “útiles”. Quienes emplean el pasado para demostrar, validar o sustentar sus preocupaciones, valores o prejuicios ante la sociedad presente, llámense historiadores, literatos, artistas, creadores audiovisuales, propagandistas, etc., renuevan lo acontecido desde una perspectiva particular, crítica y conflictiva que altera, reafirma o reconstruye las pretensiones de memoria colectiva sobre una “verdad”.

Siguiendo a Walsh y sus críticas al cientificismo histórico “lo que ocurrió en el pasado como sabe toda persona sensata, no depende de lo que alguien piense ahora, pero sí depende de eso cómo lo interpretamos, lo que tomamos de ello y de lo que sobre esto construimos” (Walsh, 1980: 227-228). El historiador puede pretender el uso riguroso de sus métodos y técnicas para obtener y transcribir los hechos tal como sucedieron. Sin embargo, en sus trabajos académicos (monografías y artículos para obtener un título) o las divulgaciones públicas (ponencias, conferencias, publicaciones comerciales) que hace de esos hallazgos no logra evitar la expresión de interpretaciones y juicios explícitos (orden preestablecido en las conclusiones) o

implícitos (orden en los contenidos). Los historiadores son seres humanos dados a juzgar y ser juzgados. Al comprender las sociedades del pasado pueden lograr comparar y juzgar mejor las sociedades de su propio tiempo, y consigo acorde con G. B. Trevelyan, pueden “hacer que los hombres conozcan el carácter de su propio tiempo viéndolo en comparación y por contraste con otros” (Trevelyan, 1913).

La comprensión del pasado exige entonces deseo de conocer, confianza en las fuentes que sustentan el nuevo saber, rigurosidad crítica para enjuiciar y delimitar lo concebido como verdadero, así como mucha imaginación para describir y lograr persuadir al lector sobre la versión configurada y relatada por cada escritor como parte de sus hazañas, vivencias y certezas acerca de lo hallado. En todo producto historiográfico la interpretación y la imaginación anteceden y representan los exhaustos esfuerzos de observación archivística y crítica de fuentes. La innovación creativa del relato sobrepasa los alcances de la sistematización y transcripción técnica de datos y referencias.

Tanto el oficio riguroso del historiador como la creatividad metafórica del literato se caracterizan por factores extracientíficos asociados con la individualidad imaginativa y los prejuicios socioculturales que inciden, limitan o enriquecen toda reconstrucción de lo acontecido. Walsh a mediados del siglo XX llamaba la atención sobre la personalidad histórica del historiador de personalidades al expresar: “...la personalidad del historiador es de la mayor importancia (parecido a aquel en que es vital la personalidad del novelista: nadie más tiene exactamente la misma visión y comprensión de los acontecimientos que han de narrarse)” (Walsh, 1980: 224). Las narraciones y relatos sobre el pasado, tanto las del literato como las del historiador, son válidas y aceptables entre sí al ser la recreación imaginada y soportada en fuentes sobre lo acontecido. Sin embargo, ha existido una exclusión mutua entre unos y otros al considerar el literato al historiador un narrador excesivamente técnico y dependiente de las evidencias conservadas para poder expresar su punto de vista. El historiador por su parte considera al literato una fabulista de ficciones e imaginaciones cuestionables al no tener un sustento suficiente comprobable y

verificable en fuentes confiables al optar por sobrevalorar o dar excesiva veracidad a la tradición oral y la memoria colectiva.

Desde la perspectiva de la filosofía como de la teoría crítica de la historia no es posible demostrar ni garantizar esas exclusiones al complementarse ambos campos del conocimiento “práctico” y la expresión humana particular. Los historiadores al igual que los literatos no pueden decir con pleno seguridad qué fue lo que produjo los hechos históricos ni relatar realmente y desde todas las dimensiones o contextos posibles como fue que acontecieron esos hechos. En ambas formas de relatar prima el desconcierto sobre lo verdadero, así como se recurre a la interpretación de lo posible o esperable para proponer escenarios y situaciones posibles que resulten aceptables para las comunidades académicas como para los lectores universales. Solo desde la aceptación y el acuerdo sobre las verdades o demostraciones hipotéticas se reafirma la verdad aceptada o las nuevas perspectivas de la verdad sobre el pasado que resultan más favorables o acordes con los postulados teórico-conceptuales y las visiones político-culturales de las personas más competentes para cada generación, para cada cultura. De allí, que ante esos consensos algunos historiadores apelando a la pretensión filosófica universalista de la Historia como disciplina derivada de las ciencias naturales reduzcan las verdades relativas sobre el pasado a conocimientos incuestionables bajo el supuesto que “nada menos y nada más” (Bury, 1927) puede ser lo que se considera como histórico.

El interés por el pasado mismo es un interés de todas las ciencias, de todas las artes, no es un ámbito de la existencia exclusiva de la Historia. Cada ciencia se ha preocupado por reconstruir y promover su propia historia sin apelar a los parámetros técnico-metódicos ni a los supuestos teórico-conceptuales de los historiadores profesionales. Cada ciencia apela al pasado para resolver inquietudes o justificar acciones prácticas y aplicadas en su presente. No escapando de esa práctica selectiva y enjuiciadora los historiadores profesionales y aficionados al optar en sus relatos, después de considerar todas las versiones históricas y las opciones documentales existentes, por escoger las causas que consideran más decisivas para que hubiese

acontecido un hecho. Delimitan procesos donde hay causas que se consideran fundamentales o generadoras, así como se opta por minimizar o desechar otras opciones de respuesta que no son acorde al plan retórico de escritura y persuasión que consciente o inconscientemente se desarrolla para atraer un público, para ganar reconocimiento como autoridad. Es por ello que la pretensión de imponer a la Historia como ciencia menospreciando y rechazando toda posibilidad de ser reducida a su real condición como arte o género literario resulta cuestionable hasta para la misma filosofía de la historia. La Historia no puede ser ciencia porque su pretensión de causa no es demostrable ni experimentable como un absoluto al estar condicionada y restringida a la interpretación analítica de cada experto sobre el tema o problema de estudio. Desde una perspectiva especulativa y metafísica, las causas históricas no son equiparables a las causas de las ciencias naturales ni el historiador puede pretender análisis y conclusiones objetivas, según las cuales, “lo causado es el acto libre y deliberado de un agente consciente y responsable” (Collingwood, 1940).

La Historia y los historiadores si bien han pretendido seguir con rigor el camino de las causas históricas iniciado por Tucídides sus productos resultan descripciones, especulaciones y enjuiciamientos sobre el pasado resultado de los prejuicios culturales como del recorrido vivencial, analítico y práctico de lo acontecido a la usanza de los juicios históricos promovidos por Heródoto. No obstante, al ser el interés de Tucídides la indagación de las causas históricas a partir de los efectos del carácter social y los motivos personales se desvirtúan las pretensiones objetivas de la Historia científica sobre abstracciones ambientales y representaciones unitarias al ser necesario la fragmentación de esas versiones del pasado en contextos como en interpretaciones acordes a las intenciones morales y las preocupaciones historicistas del historiador particular como un estudioso dedicado a recolectar y encajar de forma curiosa fragmentos acerca de lo supuestamente acontecido. Le resulta necesario crear ficciones a través de las cuales se logre justificar e interrogar a las personalidades históricas y las razones ocultas de sus decisiones, acciones y cavilaciones.

Así, ni los padres de la historia, los aficionados literarios ni los eruditos del pasado pueden demostrar con sus propias experiencias analíticas que la Historia es “el estudio desinteresado del pasado por el pasado mismo” (Walsh, 1980: 236). Resulta todo un reto poder demostrar las diferencias no especulativas ni retóricas entre los historiadores que estudian el pasado para ofrecer soluciones al presente (los prácticos), los que se preocupan por revivir y recrear el pasado glorioso para reavivar los valores y sentimientos nacionales (los patriotas) o aquellos que pretenden extraer los vestigios más novedosos, exactos y sin prejuicios del pasado a través de sus exhaustivos hallazgos documentales (los puristas). Los tres desde sus propias perspectivas e intereses ideológicos coinciden en una pretensión filosófica común, según la cual, “su cometido consiste total y únicamente en determinar, sobre la base de testimonios presentes, cómo ocurrieron las cosas en tiempos pasados” (Walsh, 1980: 236). Aunque en su afán de avivar el pasado para contagiar de su emocionalidad cognitiva a los demás se da a lo acontecido connotaciones de continuidad, recreación y reencuentro con los descendientes, herederos o conservantes de las tradiciones, imaginarios y patrimonios materiales que llevan a la degeneración de la “Memoria Histórica” a través del “pasado vivo”.

El historiador se emociona y pretende emocionar a sus pares académicos como a sus consumidores de relatos verídicos a pesar que sus pretensiones científicas le condicionen a evitar la expresividad, la emisión de juicios morales o las reflexiones prácticas sobre el conocimiento redescubierto, renovado o recreado tal cual como ocurrió. Al historiador como al literato le resulta imposible evitar seleccionar los acontecimientos o hechos más relevantes para encausar sus análisis; necesitan para la construcción narrativa de sus relatos apelar a dimensiones, contextos y factores ahistóricos que no son parte de los vestigios exactos sobre lo que aconteció. De allí que los filósofos críticos y relativistas de la historia, particularmente W. Walsh a quien hemos seguido “rigurosamente” en sus planteamientos, reafirmen su escepticismo ante las pretensiones totalizantes, insensible y sin valoraciones de la Historia Científica que pretende reducir su legitimidad cognitiva al hallazgo de causas

y demostraciones históricas en su estado más puro. La Historia es tan compleja como los seres humanos que la recrean, validan y promueven (Walsh, 1980: 238-239).

Los juicios históricos se constituyen en la expresión más relativa y escéptica sobre lo que puede ser realmente lo verdadero acerca del “pasado” al ser tan importante en su construcción los testimonios como las condiciones, las cuestiones, las valoraciones, las conclusiones, y ante todo, las interpretaciones que se emplean como supuestos asumidos, concebidos o adaptados (por lo general) de forma abstracta y metafísica por el historiador de los seres reales insertos en una realidad que dejó de ser. Por medio de juicios históricos prácticos se convence a una sociedad que pretende definir su ser desde la conservación del pasado debido a su trascendencia a través de la memoria. Se antepone a la historia construida desde adentro lo que debe ser la nueva Historia divulgada hacia fuera.

Desde mediados del siglo XX una nueva generación de historiadores, emancipada de las corrientes y escuelas positivistas dominantes, fueron conscientes de “la dimensión social de la acción” que preexiste y condiciona la existencia del hecho mismo, de las fuerzas externas a las evidencias, de los factores impersonales o abstractos que se constituyen en causas válidas, de los imaginarios que se resisten a la crítica histórica, etc. Motivo por el cual los análisis sobre el pasado realizados por los “historiadores modernos” son más profundos, más interdisciplinarios, al asumirse el pasado como la suma de las acciones individuales y los aspectos contextuales que limitaban o propiciaban sus determinaciones. Para ello, plantearon el reto de concebir la narración del pasado más allá de condicionamientos deductivos (las teorías reduccionistas) o inductivos (los casos generalizadores), antepusieron las interpretaciones particulares a los hechos oficiales o institucionalizados y, asumieron que “la historia sólo es respetable sino está escrita desde un determinado punto de vista” (Walsh, 1980: 253).

El relato literario ante la narración histórica: El caso de Colombia. Los efectos de las transformaciones históricas e historiográficas de Europa se canalizaron

en países como Colombia a través de corrientes teóricas y epistemológicas denominadas genéricamente como la “Nueva Historia”, cuyos alcances y logros fueron revertidos en nuevos modos de pensar y concebir la Historia por parte de los latinoamericanos al promoverse una nueva filosofía de la historia fundada en las interpretaciones posibles y no en las verdades dadas. La Historia como resultado de las interpretaciones y los planes argumentativos empleados por los investigadores y escritores sobre lo acontecido en el pasado olvidado o lejano es asociable con la teoría de la redundancia de los hechos de Donald Davidson, cuya tesis central es “cuando se predica de un enunciado que éste corresponde a los hechos no se hace nada distinto a predicar del enunciado en cuestión que es verdadero” (Duica, 2004: 338). Con lo cual, la reafirmación que se hace de manera periódica y desde diferentes perspectivas gremiales o particulares sobre un mismo fenómeno o hecho histórico tiende a legitimar, garantizar y aceptar la incuestionable existencia y ocurrencia de ese fenómeno tal cual como es imaginado, presentado o enjuiciado.

Un ejemplo concreto para el caso de Colombia es la historia y la historiografía que se ha divulgado y publicado desde 2010 para celebrar y conmemorar “el bicentenario de la independencia nacional”, a pesar que el conflicto bélico local y la insurrección interprovincial contra el régimen virreinal por los conspiradores junteros no marcó el inicio de la independencia soberana al declararse el 20 de julio de 1810 lealtad y sumisión al rey Fernando VII. Sólo hasta la guerra liberadora de 1819 se pudo obtener, asegurar y formalizar a través de un gobierno militar dictatorial y un acta constitucional los anhelos de independencia absoluta contenidos por más de una década (Pérez, 2013).

Lo más paradójico resulta ser que a pesar de los esfuerzos del Estado y las instituciones académicas por renovar el discurso y los imaginarios socioculturales sobre el fenómeno de la independencia nacional al ser reinterpretados y revisados como resultado del descontento juntero y la reacción política de las élites locales en busca de protagonismo y control político en cada una de las provincias y reinos que conformaban el virreinato de la Nueva Granada, la gente del común sigue

considerando que la independencia neogranadina de España fue el resultado de una reacción revolucionaria inesperada ante la negativa de un comerciante de Santafé de Bogotá a prestar un florero para agasajar al comisionado peninsular de los junteros fernandinos.

Esa oposición y contradicción entre los discursos de las élites académicas del país al presentar nuevas versiones e interpretaciones historiográficas sobre la “revolución” de 1810 y la resistencia de las gentes del común a cambiar los imaginarios y creencias de la historia patria oficial aprendida en las instituciones de educación pública demuestran que a pesar del esfuerzo de los investigadores profesionales e institucionales por renovar los discursos nacionales sobre un hecho de interés nacional: “nuestras creencias y juicios sobre el no pueden ser masivamente falsos, pues la realidad no es algo que podamos considerar como independiente de nuestras creencias” (Duica, 2004: 340). Los acontecimientos asociados con el “florero de Llorente” en la “casa de la independencia” fueron ciertos y relevantes para la insurrección santafereña pero no fueron la causa ni la consecuencia de la emancipación juntera de las demás provincias del país, muchas de las cuales se habían rebelado e “independizado” días antes que Bogotá (Pérez, 2007).

Asumiendo otra perspectiva, el reencuentro de las ciencias sociales humanas y sociales de Colombia con Nietzsche a través de autores como H. Gadamer (1977) y M. Foucault (1997) ha permitido cuestionar las nociones científicas del conocimiento del pasado al considerarlo una fábula y la verdad que lo sustenta “un ejército móvil de metáforas necesarias en su momento para la autoafirmación del ser humano y, como tales, ilusiones de lo que se olvida que lo son; de ahí que la objetividad no pase de ser la convención de mentir según una convención fija” (Nietzsche, 1980: 880-881).

A historiadores, literatos y demás recreadores del pasado solo les queda confiar en las interpretaciones de sus antecesores sobre lo vivenciado o acontecido, así como a las futuras generaciones de lectores de historia les quedará la tarea de juzgar o confiar en el devenir de las interpretaciones recientes. Así, la historia es

causa y fruto de interpretaciones resultantes del “juego azaroso de las fuerzas, juego que deciden quienes se apoderan de los sistemas de reglas, de por sí libres de significación esencial, y les imponen la dirección de su voluntad, es decir, una nueva interpretación” (Nietzsche, 1980: 880-881).

Al ser el conocimiento del pasado resultado de las selecciones y valoraciones de fragmentos del pasado sometidos a interpretaciones arbitrarias, los hechos puros y simples sobre lo que sucedió exactamente dejan de existir y tener sentido al no poder ser demostrados con certeza. Los hechos preexistentes como materia bruta acumulada u ocultada en depósitos de vestigios pasan a ser hechos interpretados, resultados de las interpretaciones particulares o colectivas que los dan por válidos o necesarios para sustentar un contexto o explicar una coyuntura sociocultural, sin pretender ser universales al ser cuestionados o reinterpretados por los foráneos desde sus propios constructos y creencias culturales. Para historiadores como Jacques Le Goff (1991) los hechos históricos ya no preexisten ni son creados o extraídos del pasado de manera pura por los historiadores.

Los hechos considerables históricos al referirse a la historia son construidos por quien los interpreta, no emergen puros para ser reproducidos, pues lo que se puede llegar a saber del pasado es el resultado de las revisiones, rectificaciones, reinterpretación y reproducciones analíticas que se hacen en el presente, desde el presente, para satisfacer la curiosidad de saber sobre lo acontecido para justificar lo que acaecerá. Como discípulo de Lucien Febvre, para J. Le Goff el hecho histórico es una creación intencionada que es concebida a partir de hipótesis, referentes teóricos, selección de fuentes y manipulación o sesgo en la sistematización y el análisis de los datos.

Los productos culturales sobre el pasado, tanto los creados por los historiadores como por los literatos, pretenden por igual “hacer ininteligible el proceso de la historia en la respuesta a problemas del presente, razón por la cual la representación del pasado histórico cambian con las épocas y con los intereses”

(Gutiérrez, 2004: 104). La historia se ha constituido en referente para la configuración y la argumentación de las innovaciones literarias. Los historiadores al asumir que los vestigios del pasado no son una fuente de inocencia ni confianza ciega sobre las intenciones e intereses de quienes los compusieron o los conservaron para legitimar o reafirmar una verdad manipulada, sesgada o conveniente han optado por explorar en fuentes históricas no tradicionales, han recurrido al diálogo y el intercambio de perspectivas sobre el pasado con otras ciencias sociales y humanas.

La literatura compuesta por los autores que se recrean así mismos, a sus familiares o a sus conocidos como parte de una época que es posteriormente es considerada como histórica, así como aquellos que componen recreaciones sobre tiempos pasados a partir de los vestigios y testimonios que aún se conservan o a los que los autores tienen acceso de una manera extraordinaria, etc., se ha constituido en una alternativa válida y recurrente para explorar y describir la manera como fue narrada y reafirmada la historia entre los grupos humanos que vivieron, padecieron o cuestionaron sus principales acontecimientos.

Por ejemplo, los literatos que escriben antes, durante y después de la guerra se constituyen en fuentes obligatorias de estudio y contraste por parte de los historiadores que desean comprender los conflictos sociopolíticos de una sociedad sin depender de los silencios, vacíos u olvidos propios de las fuentes oficiales o las comunicaciones sesgadas o malintencionadas de los bandos para confundir al enemigo o generar falsas esperanzas a los aliados y copartidarios.

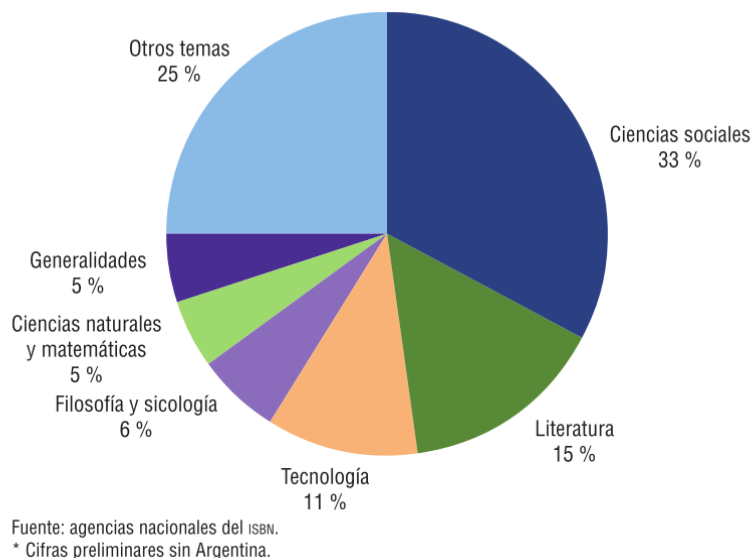
Valga hacer un paréntesis señalando que en Colombia, al igual que en América Latina (Ver gráfico 1), el mayor número de las investigaciones y relatos históricos publicados como libros registrados con un ISBN, en soportes impreso y electrónico, corresponden a obras asociadas con las Ciencias Sociales y la Literatura (Cámara Colombiana del Libro, 2010: 17).

El relato literario, siendo una fuente válida del pasado a través de la cual el hombre conserva su memoria, se representa a sí mismo y encuentra significado y

presencia a través de los hombres representativos de un tiempo inexistente se constituye en una fuente no documental, no privilegiada y no ortodoxa de comprender en el presente como las gentes de épocas pasadas comprendían, vivían y daban explicaciones a los fenómenos y acontecimientos vividos.

El historiador que apela a la literatura como fuente no le preocupa ya la veracidad, confianza u objetividad del relato concebido y manipulado por el autor literario. Su interés intrínseco es poder interpretar las intenciones del escritor, en develar las preocupaciones de los seres que a través del autor manifestaban su visión, misión o confusión ante lo acontecido, y en particular, en hacer significativas las memorias sobre el pasado que la Historia había considerado insignificantes.

Gráfico 1. América Latina. Título en formato electrónico, según Materia 2012.



Tomado de: Unesco – Cerlac (2012, dic). El libro en cifras Boletín Estadístico del libro en Iberoamérica. Bogotá. 1 (2), 5

Liberado de la presunción como “científico honorable”, indiferente al escándalo gremial por las alteraciones a la forma y el fondo del discurso histórico, el historiador de las nuevas generaciones da rienda suelta a su vocación como curioso de las “cosas” del pasado. Puede pensar y pensarse como un científico social capaz de expresarse o asumir las preocupaciones de las artes humanas, especialmente las

literarias (Gutiérrez: 2004: 105). La pluralidad interpretativa, la posibilidad de una ciencia social multinterpretativa y multidimensional para la comprensión de los hechos, acontecimientos y fenómenos que se estudiaban de manera autónoma y distante por cada ciencia, ha propiciado el “giro interpretativo, ha hecho que campos del conocimiento como la Historia centren su atención, al igual que los pioneros griegos, en la importancia de “comprender cómo comprendemos lo que otros comprenden” (Geertz, 1988: 35).

La Historia al igual que la literatura requiere de la trama narrativa para recrear y hacer vividos los hechos olvidados. Apelan a ella para reconfigurar, dar sentido y propiciar un relato concordante entre historia, memoria y ficción a partir de los fragmentos de pasado que se conservan sobre la experiencia humana. La comprensión de lo que aconteció a través de una trama persuasiva de los contextos, conflictos, contradicciones y condiciones de los seres históricos permite al historiador y su estilo narrativo, sin pretender ser un literato, ha sido resumida desde la propuesta de Paul Ricoeur de la siguiente manera: “La importancia central de la trama en la narración histórica hace que ésta no pueda ser reducida a discurso descriptivo, ya que todo relato de acontecimientos temporales sólo puede tener sentido en la medida en la que encarna una configuración ordenadora del devenir” (Gutiérrez, 2004: 109).

De tal manera, la identidad individual del historiador como la del literato están mediadas y condicionadas por la identidad colectiva, así como los imaginarios y creencias de la mayoría pueden ser reafirmados o cuestionados por las interpretaciones de la minoría interesada en buscar respuestas al presente a partir de las evidencias y fragmentos de pasado que son conservados. Historiador y literato son parte de la historia y contribuyen a enriquecerla y divulgarla con sus relatos, con las nuevas versiones que como sujetos narrables hacen de sujetos históricos relatados desde diferentes perspectivas, contextos y opciones temáticas.

2.2 Bases Teóricas. [Narrativa histórica y memoria histórica].

La guerra, la paz y sus memorias. En 1899 aconteció la última guerra civil declarada y reconocida oficialmente por el Gobierno nacional desde Bogotá. Después de tres años de lucha guerrillera el armisticio y tratado de paz tres firmado en Panamá reafirmó el triunfo del partido regenerador y nacionalista a través de un ejército profesional y oficial liderado por los Generales que habían afrontado y vencido los alzamientos insurgentes de los “caballeros” liberales en 1885 y 1895 (Pérez, 2013b). Conflictos originados en el Estado y Departamento de Santander como consecuencia de las crisis económicas propiciadas por la caída en los precios internacionales de la quina y el café, la consecutiva derrota electoral y bélica del liberalismo radical, así como por la influencia, asilo y respaldo revolucionario recibido de los gobiernos de los Estados fronterizos de Venezuela.

El final de la guerra como consecuencia del desgaste físico y financiero de los combatientes, así como la manera como fue pactada la paz, reafirmó la tradición de las guerras de independencia y de las guerras civiles del siglo XIX, según la cual, sólo el vencedor podía narrar y publicar su versión sobre lo acontecido a través de las “memorias” de los generales, gobernantes y combatientes. Ante ese monorelato nacional que caracterizó la “historia oficial”, los combatientes insurrectos, los jefes revolucionarios, intelectuales y periodistas simpatizantes con el partido vencido y excluido del poder ante la imposibilidad de contar con sus propios medios de comunicación debieron esperar hasta su retorno democrático y clientelista al poder para divulgar su memoria literaria y sus descripciones personales. Sus relatos se constituyeron en contradiscurso ideológico y fuente alterna sobre lo acontecido ante la memoria documental de los políticos, generales, hacendados y prelados que reclamaban la uniformidad argumental sobre lo que se debía decir, enseñar y expresar como “historia patria”, especialmente a través de los manuales oficiales de historia censurados y publicados por las imprentas oficiales como fue el caso de la Historia de Colombia de Henao y Arrubla (1911).

La conmemoración pacífica y en unidad nacional de las primeras guerras civiles del país fue empleada desde 1910 para mitigar el dolor, la tragedia y los rencores que habían ocasionado entre los colombianos la guerra de 1899 prolongada hasta “Los Mil Días”. De allí que los libros oficiales de Historia de Colombia de la siguiente década hicieran descripciones y análisis de las guerras civiles bipartidistas del siglo XIX, exceptuando a la más reciente vivida para atenuar el dolor y los odios entre los herederos de los bandos que se enfrentaron, por ser el medio a través del cual los conservadores impusieron plenamente lo consagrado en la constitución de 1886, así como los liberales en cabeza del General Rafael Uribe Uribe prometieron no volver a financiar ni participar en otra guerra civil.

La revisión conmemorativa de las tres guerras civiles de la primera república (1811, 1816, 1819) fueron empleadas para mitigar los efectos de las tres guerras civiles que defendieron y reafirmaron la regeneración del republicanismo católico (1885, 1895, 1899), y consigo, cuestionar el renacer de cualquier práctica asociada con los modelos político-económicos y socioculturales que promovieron y defendieron constitucionalmente los liberales después de ganar las guerras de mediados del siglo XIX (1840, 1857, 1876). Desde entonces hasta la actualidad, la narración y descripción histórica de lo acontecido durante los períodos de lucha armada nacional conocidos como “Violencia” (1910-1957) y “Conflicto” (1957-hoy) han reafirmado la importancia de controlar, emplear y tener acceso a los medios de comunicación, los aparatos ideológicos y las formas de persuasión del “público” para justificar todas sus reivindicaciones y formas de lucha.

Los grupos políticos bipartidistas dueños del poder legal del Estado obtenido en las urnas, así como las bandas y los ejércitos revolucionarios o paraestatales han justificado la legitimidad de sus acciones bélicas, así como la continuidad de sus acciones en pro del cambio y la “pacificación” del país como parte del siempre cambiante y rentable “negocio de la guerra”. Sin embargo, el pleno reconocimiento, promoción y defensa de los derechos humanos acordados en 1948 al darse la proclamación de la carta constitucional de 1991 confirió a las comunidades

vulneradas y victimizadas por el conflicto entre defensores y rebelados del Estado la exigencia de condiciones mínimas para su existencia, entre las cuales estaba en el artículo 22 la “paz” como derecho y deber de obligatorio cumplimiento para todos los ciudadanos. A la cual se sumó la accidentada continuidad de los procesos de desmovilización, pacificación y sometimiento a la justicia iniciados dos décadas antes por parte de las organizaciones criminales asociadas con la condición de guerrilleros, extraditables, narcoterroristas, paramilitares, etc.

Todas esas acciones en pro de una convivencia pacífica han propiciado el reconocimiento, rescate, recopilación y reflexión de los recuerdos, vivencias, temores y traumas ocasionados a las víctimas por parte de sus victimarios, tanto desde los vencedores como desde los vencidos, al interior de todo proceso de deserción, desmovilización o pacificación. Manifestaciones de la “Memoria” que a partir de los procesos de sometimiento o sumisión de los grupos al margen a la institucionalidad estatal con la expedición de la Ley 975 de 2005 (Ley de Justicia y Paz) durante el Gobierno de Álvaro Uribe y las leyes 1424 de 2010 (Ley de verdad, justicia y reparación) y 1448 de 2011 (Ley de víctimas y restitución de tierras) del Gobierno de Juan Manuel Santos han condicionado a los aparatos represivos del Estado, a los grupos de la derecha armada y a los ejércitos revolucionarios de izquierda a participar y contribuir con sus testimonios en la construcción de una –nueva- “Memoria Histórica” sobre los no combatientes.

A diferencia de la memoria oficial del vencedor y la memoria literaria del combatiente o el vencido, la memoria histórica de los colombianos “víctimas” de la guerra no declarada desde 1957 ha sido definida por el Decreto 4803 de 2011 como el resultado, según el artículo 2, de “la recepción, recuperación, conservación, compilación y análisis de todo el material documental, testimonios orales y por cualquier otro medio, relativo a las *violaciones* ocurridas con ocasión del conflicto armado interno colombiano... que contribuyan a establecer y esclarecer las *causas* de tales fenómenos, conocer la *verdad* y contribuir a evitar en el futuro la *repetición* de los hechos”.

La esperanza de un proceso final y total de paz de las FARC y el ELN con el gobierno de Juan Manuel Santos ante los fracasos y desacuerdos sufridos en las negociaciones directas o secretas con los seis presidentes constitucionales anteriores ha reafirmado la importancia de construir y divulgar la memoria histórica del conflicto desde la perspectiva de las víctimas de todos los bandos e ideologías, considerando ejes y dimensiones analíticas de carácter narrativo, interpretativo y de sentido (proactivo) acordes con la Historia y la Sociología crítica, estableciendo dependencias estatales como el Centro Nacional de Memoria Histórica, y especialmente, promoviendo la realización de actividades museísticas, pedagógicas e investigativas. Ejemplo de esas últimas actividades interinstitucionales ha sido la invitación hecha a las universidades por Colciencias para participar en la convocatoria 627 de 2013 cuyo fin fue “Conformar un Banco de Proyectos elegibles de investigación en perspectiva de memoria histórica con enfoque diferencial, que aporten a la generación de conocimiento sobre el conflicto armado colombiano y que contribuyan a la reparación simbólica de las víctimas y al esclarecimiento de los hechos”.

La memoria histórica como visión de conjunto de las víctimas que sufrieron y sobrevivieron a la violación de sus derechos humanos se ha constituido entonces en una opción válida para recordar, narrar y enjuiciar lo acontecido restando protagonismo, culto y confianza ciega a las versiones de verdad divulgadas a través de las memorias de los guerrilleros y los guerreros de la historia oficial como de la historia censurada de Colombia. Con la pretensión de recordar más no repetir lo vivido la memoria histórica antepone la reivindicación y reparación de lo acontecido a las víctimas a todo culto a la violencia y los violentos promovido por aquellos que por generaciones han sobrepuesto sus ideales de linaje, clase, gremio o partido a los derechos revolucionarios promovidos por la modernidad cristiana como han sido la libertad, la igualdad, la fraternidad, y ante todo, a la seguridad de convivir como seres civilizados.

Narrativa histórica y memoria histórica. La Historia como “ciencia”, arte, memoria literaria o comunicación argumental se caracteriza por poseer las técnicas para reconfigurar y reordenar los fragmentos materiales y las piezas documentales del pasado con una forma, propósito, sentido o significado acorde a las sociedades y la necesidad de referentes pretéritos de continuidad, cambio o revolución para el presente inmediato. Los mejores estudiosos del pasado resultan sean aquellos que son capaces de armar desde nuevas perspectivas y posibilidades el “rompecabezas” que representa cada hecho o acontecimiento importante de estudiar, sin olvidar que al ser posible que las piezas escogidas encajen entre sí las posibilidades del entramado final resultan ser infinitas y al mismo legítimas y válidas como cualquier otra combinación.

El pasado es la memoria colectiva (tradición oral, crónicas), institucional (publicaciones oficiales), gremial (libros y actos corporativos) o particular (relatos o biografías) de los individuos, creada y conservada por individuos para dar sentido a nuevas generaciones de individuos. Es por ello que los hechos sociales que reconstruye la Historia no pueden estar alejados de los individuos y sus manifestaciones materiales al ser lo narrado por los estudiosos del pasado la expresión colectiva del impacto de las acciones individuales que afectaron a otros individuos de forma directa, indirecta o colateral. Así mismo, quienes reconstruyen los hechos son individuos con enfoques, intereses y sesgos sobre otros individuos cuyos planteamientos y propuestas son divulgados a través de sus narraciones particulares sobre lo acontecido, especialmente entre aquellos que apelando a la autonomía interpretativa y al relativismo cultural desestiman en sus análisis el papel de la filosofía, la política y la economía que caracterizan a la historiografía científica, rigurosa y profesional.

La autoridad intelectual que en el pasado ostentaban algunos individuos doctorados como eruditos en archivos y especialistas en temas específicos del pasado en la medida que se ha minimizado el poder e impacto que tenían las academias, colegios, escuelas y facultades de historia ha conllevado a que la Historia adopte “la

imagen de una *construcción cultural* sometida a continuas variaciones en el tiempo y el espacio”. Con lo cual, la historiografía profesional y excluyente ha sido gradualmente superada por las libres y particulares interpretaciones historiográficas de estudiosos del pasado sin títulos, distinciones ni roles culturales como “historiadores” (Corcuera, 1997: 234, 414).

A nuevas y diversas generaciones de curiosos amantes del pasado obsesionados por revelar lo que “verdaderamente” sucedió se suman la pluralidad de nuevos temas, nuevas fuentes históricas, contextos históricos alternativos a la visión estatal y la versión oficial de lo acontecido, nuevos ambientes y lugares para reafirmar las acciones de vencedores y vencidos, rigurosos recuentos financieros y demográficos que denotan la trascendencia de un acontecimiento, el insistente contraste de la vida y experiencia de las élites (políticas, socioeconómicas y religiosas) con las de las gentes comunes sobre las repercusiones y continuidades de los fenómenos que afectaban su particular y sectaria vida cotidiana. Nuevas formas de lectura sobre cómo se hizo la divulgación del pasado entre la cultura civilizadora promovida por las élites y la cultura popular de las gentes reducidas a la condición de “pueblo”, así como la reafirmación de los combates (Febvre, 1970) académicos entre escribir fidedignamente sobre los hechos acontecidos o por el contrario dar respuesta a problemas teórico-conceptuales sustentados desde fuentes confiables, contrastadas y criticadas.

La “Nueva Historia” que surgió a mediados del siglo XX contribuyó a renovar los temas estudiados, los referentes científicos, los procedimientos metódicos y metodológicos, las temporalidades cronológicas (Largas, medianas y cortas :: Estructuras, coyunturas y acontecimientos), y en especial, los protocolos retóricos de escritura y referencia de lo acontecido. Sin embargo, escribir implica no solo cumplir normas de expresión particular para un lector universal pues también requiere seleccionar y valorar cuáles de los textos universales existentes sobre un tema, problema o fenómeno resultan más recurrentes para la planeación, configuración y

composición narrativa de intérpretes particulares en su condición de historiadores, periodistas, cronistas, literatos, etc.

La narración del pasado ha sido un tema, discurso y práctica de historiadores como de literatos que si bien se ha caracterizado por la expresión estilizada, argumentada o valorativa a través de la recreación resumida, descriptiva o analítica no ha tenido impacto e interés suficiente entre los historiadores al desestimar las propuestas interpretativas de la teoría literaria, así como los teóricos literarios “solo se ocupan de la historiografía de manera general y por eso no aportan sugerencias significativas en este campo” (Corcuera, 1997: 240). A pesar de la resistencia de los historiadores a que sus productos de investigación sean considerados cuentos sobre el pasado o relatos entretenidos que reafirman la memoria colectiva y las tradiciones literarias populares, en esencia todo relato histórico debe ser concebido como una narración de lo acontecido que para ser divulgado y publicado debe cumplir con los criterios básicos de todo texto literario como son la coherencia, cohesión, concisión y commensurabilidad entre lo que concibe y expresa el escritor y lo que debería comprender e interpretar el lector.

Escribir sobre el pasado al dejar de ser la cronología puntual de lo acontecido a las grandes personalidades o la especulación metafísica de metarrelatos sobre leyes universales para una humanidad alineada, anónima y ambigua (progreso-decadencia, civilidad-barbarie) condiciona a los que pretenden ser historiadores a emplear nuevas fuentes y formas de narrar aportadas por otros campos del conocimiento social y humana como son los estudios literarios que caracterizan a los profesionales de la Literatura. Al indagar en el pasado a través de los recuentos literarios del pasado y al emplear técnicas literarias de recrear y narrar lo vivido o acontecido, a los profesionales de la Historia no les queda otra opción que reconocer, siguiendo a Philippe Carrard (1992), que: “sus descripciones están emparentadas con la narración porque tratan los temas en el tiempo, siempre queda abierta la posibilidad de que otras cosas hayan sucedido *antes* del comienzo de la historia específica, o de que *algo*

ocurra después. Esa dimensión temporal es la que, al final de cuentas, permite al texto mantener su calidad de texto histórico” (Corcuera, 1997: 242).

Al no ser posible reconstruir ni reexperimentar las vivencias, intereses y acontecimientos de los seres históricos ante las limitaciones impuestas por los vestigios, fragmentos y sesgos del pasado a quienes estudian y escriben sobre el pasado, incluso sobre su propio pasado al ser artífices, protagonistas o testigos presenciales de lo acaecido, no les ha quedado más alternativa que transferir sus valoraciones e interpretaciones a través del análisis de las conductas, intencionalidades y efectos de las comunidades por medio de mediaciones socioculturales como son las narraciones textuales, estadísticas y audiovisuales. Ha sido necesaria la decodificación de las construcciones, representaciones y mediciones cuantitativas que aseguraban la rigurosidad y veracidad sobre el pasado al requerirse sencillez e inteligibilidad en los hallazgos propios del nuevo conocimiento a través de descripciones y análisis cualitativos de fácil lectura.

Siendo recurrente el renacimiento de la narrativa primigenia de la Historia (Stone, 1986), particularmente la empleada por Tucídides (prosa elegante, retórica argumentada, pluralidad de testimonios), como el elemento articulador entre los vestigios del pasado y las interpretaciones del presente la pretensión de una historia científica, descontaminada de juicios históricos y acontecimientos legendarios, resulta ser una vez más inaceptable e insustentable al anteponerse personajes históricos a las circunstancias coyunturales, así como al adjudicarse nombres y cualidades a las cifras y períodos numéricos.

Si bien los temas de estudio no están directamente relacionados con un género literario o académico son los escritores del pasado quienes desde las preguntas, referentes y técnicas de sistematizar la información quienes finalmente terminan haciendo descripciones, biografías, análisis comparativos o narraciones contextuales sobre los objetos y hechos de estudio. Incluso, al optar cada historiador por narrar a través de uno de los subgéneros más cuestionados de la historiografía tradicional

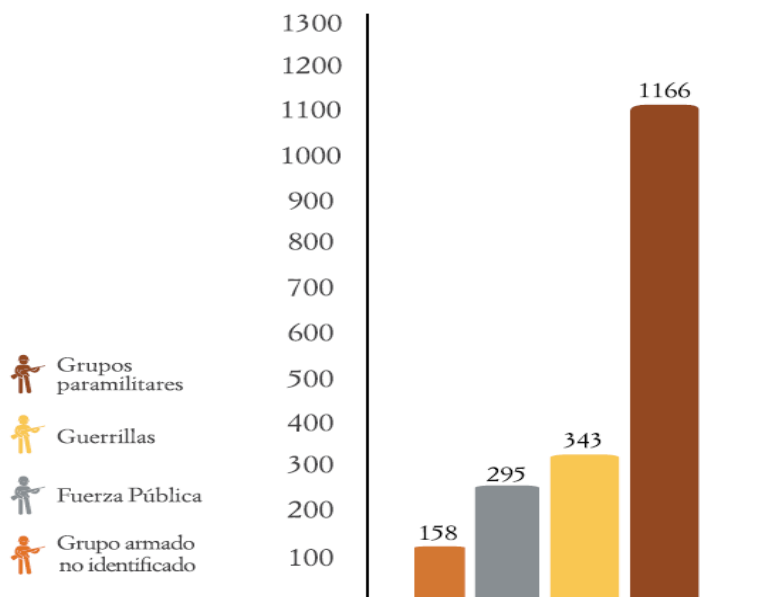
como es la biografía la ruptura con las cronologías y las dinastías le permiten emplear figuras y giros literarios que rompen con la teleología tradicional al optar por hacer saltos temporales de grandeza, iniciar con la magnificencia de la muerte del personaje legendario, describir previamente el contexto y ambientes en los que será inserto el personaje a semejanza de las monografías geográficas. En esencia, los historiadores narrativos son reconocidos por haberse alejado de las pretensiones universales y totalitarias caracterizadas por las narraciones múltiples, los sucesos en serie y la lucha entre los imaginarios de grandes y diversos grupos de personas, optando solo por seleccionar de manera preferente “historias con un tema único que se articulan con base en un suceso particular o individual” (Corcuera, 1997: 251).

La demostración de esa orientación hacia los textos monotemáticos son las novelas históricas centradas en nuevas formas de hacer descripción, biografía y análisis de los grandes personajes históricos apelando a los vestigios históricos que ellos mismos produjeron. Ejemplo de ello es la reconfiguración vital e ideológica del sabio neogranadino de la Independencia Francisco José de Caldas (Jaramillo, 2010) por medio de la ficción de un diario, el cual fue construido arbitrariamente con el epistolario y los textos publicados por el objeto de estudio acorde a los intereses patrióticos y la perspectiva de un escritor titulado como economista y urbanista.

Esa nueva tendencia historiográfica que acerca cada vez más a los profesionales de los estudios históricos a los expertos en los estudios literarios y sustituye las cronologías rigurosas por las coyunturas temporales, los héroes por personalidades particulares y las naciones por comunidades imaginadas (Corcuera, 1997: 248). Así, y al igual que los literatos que optan por la “novela histórica” y los cuentos sobre lo vivido, los historiadores de las nuevas generaciones han optado por volver a “contar historias” que son significativas para todos los públicos, que analizan las tendencias repetibles o irrepitibles de personajes o hechos propios de las prácticas humanas, después de haber explorado, seleccionado, juzgado y seleccionado las fuentes históricas que resultan más acordes a sus interpretaciones e intencionalidades discursivas. Piensan anticipadamente en un público diferente u opuesto a las

comunidades científicas universitarias, el cual se beneficiará o consumirá sus creaciones al renovar o reafirmar sus credos y representaciones ideológicas, al ofrecerles explicaciones alternas a lo que sabe del sistema político-cultural dominante al que se pertenece.

Gráfico 2. Distribución del número de masacres del conflicto armado en Colombia, 1980-2012.



Tomado de: SÁNCHEZ, G. (2013). Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad, Informe General Grupo de Memoria Histórica. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica. P. 36

Ejemplo de ello son para el caso de países como Colombia las narraciones textuales, estadísticas, audiovisuales e internéticas (o hipertextuales) que desde la historiografía de la Violencia (“violentología”) se han publicado sobre la histórica impunidad judicial, los crímenes de estado y la complicidad sociopolítica con los grupos guerrilleros y paramilitares (Sánchez, 2013), específicamente lo concerniente a las abominables “masacres” de los “violentos” (Ver gráfico 2). Todo ello como parte de la “Historia del Conflicto” que ha vivido el país desde 1957 al caer el

régimen dictatorial de pacificación y darse paso al frente nacional bipartidista que justificó el accionar revolucionario de las guerrillas comunistas, socialistas, maoístas y guevaristas, así como la reacción contrarrevolucionaria y de autodefensa a través de autodefensas campesinas, organizaciones paramilitares y grupos de “limpieza social”.

Otro de los retos para las nuevas generaciones de escritores del pasado está relacionado con la mitigación de las contraposiciones entre narración histórica e historia narrativa. La narración histórica que describe cómo y desde cuándo sucedieron los hechos desde la perspectiva del narrador contemporáneo tiende a oponerse o contradecir la explicación analítica y rigurosa de por qué y para qué las personalidades históricas adoptaron esas decisiones acorde a los postulados de la historia narrativa.

Los escritores del pasado no logran siempre ser coherentes entre lo que proyectan y planifican investigar (Historia) con aquello que analizan, escriben y divulgan a través de sus relatos históricos (Historiografía). A lo cual se suman las relaciones propuestas por Roger Chartier (1995) entre los cambios interpretativos que se dan entre el texto final y lo concebido por el escritor, lo publicado por el editor y las representaciones del lector a partir de sus habilidades en lectoescritura, el acceso y posesión del texto, así como la difusión comprensiva o informativa del mismo.

Esa necesidad de contar historias con una narrativa comprensible para todo público y sin perder la rigurosidad metodológica y explicativa de la Historia ha propiciado que la historia narrativa se caracterice por la articulación del relato literario y la interpretación historiográfica. Expandir e innovar en los límites del conocimiento histórico ha requerido mejorar las expresiones comunicativas sobre lo que se pretende describir, narrar o explicar del pasado, así como perfeccionar las técnicas de selección y sistematización de los vestigios de lo acontecido al emplear otras fuentes de relato, comprensión e interpretación como es el caso de los productos socioculturales categorizados como “literatura”.

Para ello se requiere, como se ha insistido previamente, en la interacción entre diferentes maneras de estudiar y relatar lo acontecido, así como en el contraste de las perspectivas analíticas que existen sobre un mismo fenómeno del pasado sin pretender conciliar ni dirimir entre cuál ciencia, fuente o testimonio histórico es más auténtico o relevante al asumirse que cada uno se constituye en un fragmento o comprensión válida del pasado. De allí la importancia de apelar a estrategias interpretativas como la de la “heteroglosia” empleada por Peter Burke (1993) para sus trabajos en historia social y cultural.

El renacer de la narración centrada en la representación de los personajes o la figuración de los mismos a través de informes, textos y publicaciones acerca del pasado por parte de diferentes ciencias y profesionales asociados con lo histórico propicia entonces la interdisciplinariedad analítica de las ciencias, la multiplicidad de visiones al ser posible articular y comparar los textos de campos del conocimiento opuestos entre sí como la Literatura y la Historia.

El diálogo propositivo a favor de una historia narrativa entre los historiadores aficionados (populares o cronistas), académicos (miembros o socios de academias oficiales), profesionales (científicos universitarios) y literarios (novelistas históricos), al ser posible desde el uso intensivo o extensivo de la narrativa histórica entre unos y otros escoger y emplear libremente las descripciones o explicaciones del pasado a partir de la transcripción fidedigna de los acontecimientos o el análisis crítico de las estructuras y luchas tras los hechos históricos. Todo ello bajo la premisa de renovación historiográfica, según la cual, “los historiadores buscan nuevas formas literarias por razones prácticas. Lo hacen porque caen en la cuenta de que las antiguas son inadecuadas para lograr sus propósitos” (Corcuera, 1997: 302).

El giro interpretativo y el renacer narrativo como elementos reconstituyentes de la escritura y la producción historiográfica condicionó a su vez a los estudiosos del pasado a tener que elegir entre técnicas y tendencias narrativas extremas como: el discurso inventado (novelistas) o la recreación textual (biógrafos); la narración de los

hechos desde la perspectiva de diferentes actores y voces de los hechos (historia cultural) o desde la perspectiva de los grupos sociales en conflicto (historia social); describir desde las personalidades históricas seleccionadas lo que realmente sucedió expresando el historiador sus juicios históricos o explicar los factores y procesos históricos desde la crítica de fuentes y la objetividad analítica del investigador sin juicios ni prejuicios y, estudiar el pasado eligiendo entre los discursos narrativos descriptivos y explicativos (narración simple) o emplear técnicas de análisis y relato mixto para combinar lo descriptivo con lo explicativo, lo individual con lo colectivo, las vivencias particulares con los eventos contextuales (narración densa) (Burke, 1983).

Sumadas a otras posibilidades contrapuestas heredadas de las discusiones entre el positivismo alemán y la metahistoria francesa como: Estudiar el pasado desde la perspectiva de las elites vencedoras que ostentaban el poder y atiborraban los archivos de documentos (historia desde arriba) o desde los análisis e inferencias a partir de los fragmentos sobre las clases populares y analfabetas que reaccionaban o cuestionaban con sus discursos y acciones como sometidos o vencidos esas formas del poder (historia desde abajo); analizar las personalidades históricas desde las estructuras de la vida ordinaria o desde las acciones extraordinarias fruto de sus acciones y decisiones, y especialmente, limitar el estudio del pasado a los vestigios y fuentes históricas asociadas con los documentos oficiales e impresos o integrar a las nuevas voces e interpretaciones los testimonios de la historia oral y la literatura, al igual que los relatos de los padres griegos de la Historia.

A semejanza de los literatos del pasado, los historiadores también deben asumir el reto de escoger un género o estilo específico para narrar y comunicar sus relatos acorde al tema, problema, fuentes y público al cual va dirigido su producto intelectual desde la perspectiva de Gustav Droysen (1983) (pragmático (sátira), biográfico (novela), monográfico o teleológico (comedia) y catastrófico (tragedia)) (Corcuera, 1997: 335), los tipos de discurso narrativo propuestos por Paul Ricoeur (1985) (mítico, histórico, ficcional) o las modalidades y estrategias de explicación

narrativa identificadas por Hayden White (1992) a partir de la trama (romance, comedia, tragedia y sátira), ejes narrativos de tramar la historia (diacrónico o sincrónico), paradigmas o esquemas formales de la argumentación (descriptivo o acorde a la forma, explicativos u orgánicos, causales o mecanicistas, contextuales o de las interrelaciones), posiciones ideológicas (anárquicas, conservadora, radical y liberal), figuras (tropos) o recursos lingüísticos (metáfora (similitudes), metonimia (cambio de nombres para cosas similares), sinécdoque (homonimia, usos interrelacionados de las palabras) e ironía (oposición a lo que se dice). E incluso, desde el papel interpretativo y metódico propuesto por las diferentes escuelas de pensamiento histórico (idealista, novelesca, positivista, crítica, totalizante, etc.) (White, 1992a).

Así, la historiografía se constituye acorde a H. White en una estructura verbal configurada desde las descripciones y estructuras documentales que son comunicadas por medio de discursos que recurren a la prosa narrativa con la cual fueron concebidos y para la comprensión del público hacia el cual van dirigidos. Hacer la historia, escribirla apelando a la retórica sobre el pasado, se constituye una elección personal y subjetiva que siempre demostrará las pretensiones, prejuicios y propósitos de cada individualidad interpretativa que desde el presente busca producir productos sobre el pasado para impactar y afectar a su presente por medio de novedosas, parciales, distorsionadas y fragmentarias representaciones sobre lo acontecido, sobre la verdad, al demostrar las hipótesis elegidas para validar sus inquietudes históricas.

De allí que el camino narrativo que se espera de toda representación emplee: una técnica interrogativa para indagar en las preocupaciones del presente que justifican inquirir y diseccionar los testimonios a partir de los cuales se expondrá el pasado; una técnica didáctica en la cual se justifica el estudio y el aprendizaje del pasado desde la preocupación de los padres de la historia por no olvidar lo acontecido ni permitir su sesgo o manipulación por el vencedor a fin de encontrar reglas, moralejas o enseñanzas que impacten la conciencia histórica; una técnica discursiva a partir de la cual los propósitos del hacer Historia para las sociedades del presente

depende de la selección e interpretación de los vestigios conservados de las sociedades del pasado y, una técnica narrativa al planearse y seleccionarse con anticipación qué se quiere contar (enfoque), cómo se quiere contar (género), con qué se quiere contar (fuentes) y para qué o quiénes se quiere contar. Con lo cual, todo lo que se relata en un texto considerado como histórico por aquel que comprende el presente investigando el pasado “no está dado por la estructura misma de los hechos, sino en función de aquello que el narrador espera representar” (Corcuera, 1997: 334).

Ante la imposibilidad del relato histórico como del relato literario de poder recrear o explicar el “mundo real” que se asocia a cada hecho histórico, al apelar la Historia a la Literatura se redescubre “que el relato es una forma legítima de explicación de los acontecimientos y procesos específicamente históricos” (Corcuera, 1997: 341). De allí que la narración histórica de hechos históricos como las guerras y los conflictos colaterales a las mismas logren iluminar “el mundo real porque el mundo tiene la forma de un relato bien hecho, con personajes implicados en conflictos similares a los hallados en relatos tradicionales” (Corcuera, 1997: 341).

Incluso, géneros narrativos como el “catastrófico” propuesto por G. Droysen resultan ser el más apropiado para comprender, interpretar y narrar las historias acerca de los conflictos a corto (guerra formal o de ejércitos) y largo (guerra irregular o de guerrillas) plazo después de haber sido comprobada su eficacia argumental por grandes eslabones del discurso histórico narrativo como son Herodoto, Tucídides, L. Ranke o G. Duby.

Apelar a la opción narrativa catastrófica del pasado requiere emplear a su vez la historia de las ideas al ser interpretados “los hechos como parte de un proceso moral y pone de relieve sus causas éticas” (Corcuera, 1997: 336). Es por ello que cuando el novelista pretende narrar historia requiere ajustar su trama de moral y moraleja acorde a los personajes y hechos más relevantes sobre lo acontecido sin sacrificar sus giros ficcionales, así como cuando el historiador apela a la narración literaria necesita que su trama se centre en los juicios éticos e históricos asociados

con cada uno de los personajes y los hechos que requieren ser exaltados desde las fuentes previamente seleccionadas y reescritas acorde con la interpretación de cada escritor de historia. Literatos como historiadores requieren concebir, configurar y cohesionar una trama que haga convincente la narración del presente vivido para un presente por vivir.

Historia y Literatura al encontrar en la trama narrativa una operación fundamental que les confiere los componentes de significación necesarios para hacer coherentes sus relatos logran relacionarse e integrarse para brindar respuestas contrapuestas o complementarias entre si sobre la manera como interpretamos lo acontecido desde las ficciones como desde las certezas de cada campo de conocimiento; justifican el origen y la existencia misma de la narrativa histórica. De tal manera, la trama y representación de géneros como la tragedia a partir del enfrentamiento entre figuras, valores e intereses entre las fuerzas que se enfrentan y luchan abiertamente entre sí, desde múltiples factores, contextos y protagonismos (voces), conlleva a la narración histórica “a una tensión creciente hasta que, como resultado de este fecundo proceso, todo se transforma. Surge un mundo nuevo, en apariencia *anticatastrófico*, y se hace la paz” (Corcuera, 1997: 337). Sin embargo, todo proceso que conlleva a la paz como consecuencia del agotamiento, derrota o reacomodamiento social de las alianzas políticas y económicas que las financian no asegura el fin de las hostilidades y odios que dan origen a las luchas.

La “tragedia nacional” de países como Colombia, en donde su historia del conflicto y la lucha es resultado de un proceso inacabado e inagotable, ha conllevado a que las nuevas generaciones de historiadores hagan de forma recurrente una interpretación crítica sobre la manera como la historia patria, oficial y bipartidista propició una narrativa histórica centrada en los héroes, los vencedores y los ideales morales promovidos por las élites que se hicieron con el poder y aseguraron la “libertad y el orden” por décadas.

En el caso de Salomón Kalmanovitz, promotor de la “Nueva Historia Económica de Colombia”, alejada de las corrientes marxistas europeas y cercana a las tendencias neoinstitucionales y neoestructuralistas norteamericanas, se ha señalado la importancia de comprender el impacto económico, estructural y sociocultural que la última gran guerra civil declarada y reconocida en Colombia tuvo durante toda la primera mitad del siglo XX. Desde una perspectiva económica, empresarial y financiera es importante recordar que: “La guerra de los Mil Días (1899 – 1902) había aniquilado el 4% de la población masculina del país, 90.000 hombres, y había paralizado al país por casi cuatro años; en ciertas regiones, había destruido mucha de la riqueza agrícola, de semovientes e infraestructuras, que en verdad eran escasas” (Kalmanovitz, 2010b: 116).

La Guerra de los Mil Días no fue la causa ni el fin de la transformación socio-económica ni de las luchas político-culturales por las que pasaba Colombia a finales del siglo XIX. Siendo la guerra “más larga y cruenta de todas las que había vivido el país hasta entonces y tuvo altos costos económicos” (Kalmanovitz, 2010: 105), los bandos multipartidistas en pugna y las clases económicas dispuestas a derrocar o defender el modelo socio-económico adoptado por el vencedor de la última Guerra Civil (1885, 1895) y Constitución Política (1886) apelaron una vez más a la lucha armada como el medio más eficaz, directo, arrasador e incuestionable de decidir quién tenía la razón sociopolítica después de demostrar quién era el más fuerte, sanguinario y superior en los campos de batalla. Desde la perspectiva del citado y controversial S. Kalmanovitz ello se justifica porque:

La noción que tenemos los colombianos sobre la organización federal que se dio el Estado colombiano entre 1850 y 1886 es la de que fue un período de desorden político y deterioro económico. Esta es la historia escrita por los vencedores de las guerras de fin de siglo, que sustituyeron el experimento democrático liberal por un régimen autoritario, centralista y confesional. Lo cierto es que las reformas liberales del medio siglo tuvieron un efecto bastante notable sobre el desarrollo del país, que, a pesar de las dificultades de transporte, pudo aprovechar un auge del mercado mundial y exportó diversos productos. Los distintos cultivos de exportación que se emprendieron o recolectaron de los bosques no fueron muy estables, pero sacudieron a fondo las regiones y las poblaciones, que se beneficiaron con el flujo de ingresos, las mejoras del transporte y una creciente división del trabajo regional, derivada de la que trataba de ocupar el país en el nivel mundial (Kalmanovitz, 2010a: 87).

CAPÍTULO 3: ENFOQUES HIPOTÉTICOS [MEMORÍA HISTÓRICA E HISTORIA OFICIAL]

Sobre la Historia Económica y Social. Siendo el ser humano en sus diferentes interacciones socioculturales el objeto de estudio de todo análisis histórico no es posible separar de cada análisis los factores y dimensiones políticas, económicas, sociales, culturales, etc., que permiten establecer el origen, particularidades, cambios y transformaciones de cada hecho. De allí que Lucien Febvre (1970: 19) advirtiera sobre el estudio integral y total del cambio de la humanidad a través del tiempo al expresar que: “No hay historia económica y social. Hay la historia sin más, en su unidad. La historia que es por definición absolutamente social”.

Cuando se fragmenta el estudio de los seres humanos desde perspectivas económicas y sociales se reafirman las tendencias historiográficas en las cuales algunos historiadores optan por analizar la historia de los seres vencedores, prósperos y exitosos desde los abundantes vestigios econométricos fiscales, aduaneros, presupuestales, etc., mientras que otros historiadores apelan a la opción de estudiar a los grupos humanos vencidos, pobres y anónimos desde los vestigios distorsionados de su existencia como desde la reinterpretación hermenéutica de los relatos sobre los mismos por parte de los “ciudadanos” más cultos y prósperos de su tiempo.

Ejemplo de ella han sido los estudios que desde la perspectiva de la historia social sobre las clases obreras inglesas ha realizado Edward Thompson (1989) al identificar desde las contrariedades y exclusiones de los empresarios ricos y poderosos las condiciones de vida a las que eran sometidos los trabajadores anónimos durante la revolución industrial cuyas cifras de crecimiento oficial y gremial son referentes recurrentes para identificar las características de la transición del capitalismo mercantil al capitalismo industrial y financiero. Análisis conceptuales en los cuales un artículo de lujo y poder como el reloj de bolsillo de los amos y señores de las fábricas permite identificar los medios de explotación y humillación

para los trabajadores al regularse su capacidad productiva a partir de la puntualidad, velocidad y ritmo de trabajo, así como su resistencia a las largas jornadas laborales.

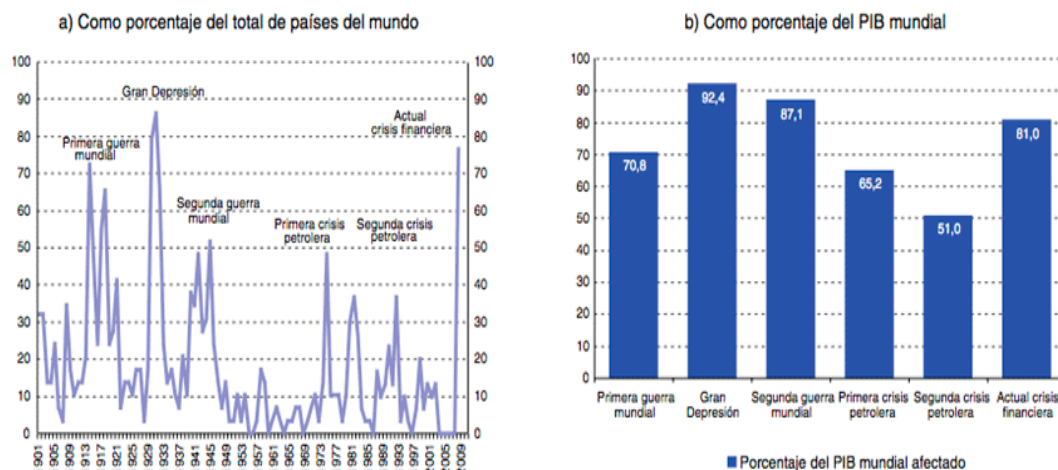
Las corrientes historiográficas positivistas y estructuralistas han optado por confiar en la verdad histórica resultado de la historia económica “desde arriba”, apelando a la infinidad de posibilidades analíticas que ofrecen los estudios cuantitativos y matematizados sobre las acciones humanas a partir de los informes, estadísticas y evidencias financieras que son conservadas a través de los archivos históricos oficiales, gremiales, corporativos o particulares, etc., constituyéndose el estudio de lo social en la consecuencia de los éxitos o fracasos de las políticas fiscales y las decisiones económicas de los grandes hombres al mejorar o arruinar la calidad de vida de las gentes del común.

A las corrientes críticas y “marxistas” les motiva, por el contrario, demostrar desde los estudios “desde abajo”, dando voz y personalidad política a las gentes del común reducidas a la condición conceptual de “pueblo”, “campesino” u “obrero”, que los cambios sociales, las revoluciones populares o la redefinición de todo modelo o sistema económico son solo posibles cuando la burocracia política o los grupos que se hacen con el poder del Estado logran insertar a las gentes del común a sus proyectos socioeconómicos, y consigo, cumplen con las expectativas de los empresarios capitalistas que los respaldan o financian al persuadir a las gentes del común que las acciones y privilegios concedidos a los grandes comerciantes e industriales repercutirían en el “progreso” y el mejoramiento de las condiciones de vida para todos.

Desde la perspectiva sociohistórica, las experiencias económicas, fallidas o exitosas, de las naciones desarrolladas podían constituirse en los ejemplos de referencia para las naciones en vía de desarrollo pues como bien advertía Thompson (1989) las “causas perdidas” en Inglaterra durante el siglo XIX podrían ser analizadas, corregidas y adoptadas en Asia o África durante el siglo XX. Ejemplo de ello fue el uso que se dio en los países de la revolución industrial a los medios de persuasión o represión de los obreros sobre las bondades de las máquinas industriales que los desplazaron gradualmente.

En el caso de los países latinoamericanos, desde mediados del siglo XIX se insistió por las vías democrática, constitucional, parlamentaria y bélica que la única manera de alcanzar el progreso nacional y la prosperidad personal era garantizar las libertades económicas para cultivar los monocultivos, criar los animales o extraer las materias primas demandadas por los países industriales, constituyéndose esas fuentes inmediatas de riqueza en las causas directas de su dependencia financiera, el consumismo de bienes importados y el subdesarrollo productivo al perderse los recursos naturales para poder innovar y competir, siendo los empresarios inmigrantes y los mercados abastecidos los únicos ganadores de esas relaciones económicas.

Gráfico 3. Proporción de la economía mundial en recesión, 1901 a 2009 (Porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de "Maddison Historical Statistics" [en línea] <http://www.ggdc.net/maddison> y Fondo Monetario Internacional (FMI), Perspectivas de la economía mundial, abril de 2009.

^a Se consideraron 29 países y sus tasas de crecimiento en moneda constante internamente comparables.

Tomado de: Universidad de Alcalá – Ciff (2012, julio 16). Estudio sobre la crisis financiera actual. Consultado el 13 de agosto de 2013 de: <http://www.master-finanzas-cuantitativas.com/Masters/estudio-sobre-la-crisis-financiera-actual/>

Sin embargo, estudiar un fenómeno histórico de la humanidad o de una nación como una “historia total”, articulando los análisis econométricos con las interpretaciones sociales, se ha constituido en una alternativa descriptiva y en una forma “mixta” de investigar y comparar datos, metodologías y perspectivas históricas. Ejemplo de ello, desde la perspectiva de las historias “arriba” y “abajo” son las tendencias mundiales asociadas con la recesión, el hambre y los precios. A

través del gráfico 3 es posible reconocer desde los picos estadísticos los efectos que tuvieron en el siglo XX las dos guerras mundiales, las crisis financieras y las crisis petroleras durante la “guerra fría” en la economía internacional. Fenómenos bélicos y políticos promovidos por dictadores, emperadores y presidentes defensores de las instituciones y las economías de sus respectivos países quienes a través de la guerra y la retórica sobre el mejor sistema político-económico encontraron una alternativa para dar solución a las burbujas de precios y a las crisis de recursos a las que estaban condenadas sus estructuras capitalistas, resultando algunos de ellos vencedores y otros vencidos después de sacrificarse millones de combatientes.

Ejemplos de esos pactos y alianzas son las crecientes exploraciones auríferas y petroleras por parte de compañías europeas norteamericanas y chinas en los países latinoamericanos, que en el caso de Colombia han propiciado el retorno de las promesas decimonónicas de seguir los “caminos” exportadores para alcanzar el trabajo justo, el progreso vial y el desarrollo material de la Nación. Irónicamente ese fenómeno extractor de riquezas ha sido denominado como la “locomotora minera” (Ahumada, 2013), olvidando los “padres de la patria” que fue la promesa de un ferrocarril la causa del despilfarro y la quiebra de las rentas públicas en regiones mineras y agroexportadoras como Santander desde mediados del siglo XIX.

El modelo agroexportador y las reformas liberales. En la Historia Económica de América Latina el crecimiento exportador que caracterizó a los Estados Unidos de Colombia (1863 – 1886) como parte de las dinámicas experimentadas por las repúblicas independizadas de España ha sido resumido por Victor Bulmer-Thomas como parte de una “lotería de bienes” acorde a la cambiante demanda de alimentos, manufacturas y materias primas por parte de los países europeos y norteamericanos que nos las producían durante sus épocas de mayor estabilidad y prosperidad, así como por la carencia de las mismas en sus colonias en Asia y el Caribe al no lograr cosecharlos aún. Para ello apeló a un enfoque multidisciplinario que podía ofender la sensibilidad de los estudiosos del pasado que “prefieren trabajar dentro de los límites de una única disciplina” (Bulmer, 2010: 15).

Refiriéndose específicamente a las dinámicas colombianas durante la segunda mitad del siglo XIX, V. Bulmer-Thomas planteó que “las crecientes exportaciones de quinina, tabaco y (en menor grado) café solo pudieron compensar en parte la disminución de las exportaciones de oro” (2010: 63). Para lograr la gradual sustitución de las exportaciones tradicionales de metales preciosos como práctica colonial heredada, los tratantes y comerciantes nacionales al igual que los inversionistas y empresarios inmigrantes adoptaron un modelo dinámico y oportunista de negocios que fue semejante en toda la región, el cual es explicado teniendo en cuenta que “había que introducir nuevos productos y encontrar nuevos mercados” (Bulmer, 2010: 63).

Aumentando las exportaciones de materias primas exóticas se incrementaba la productividad al propiciarse el mejoramiento laboral y salarial en la mano de obra, y consigo, la elevación en los niveles de vida. Los grandes ganadores de esas decisiones y acciones eran indudablemente las élites económicas al incrementarse exponencialmente sus ganancias, así como las élites políticas liberales al demostrar las bondades de su régimen librecambista, la necesidad de aprobar sus reformas radicales contra las creencias y prácticas hispanocatólicas tradicionales y, la importancia de perpetuarse electoral e institucionalmente en el poder durante varias décadas.

Sin embargo, las oportunidades agroexportadoras que veían los inmigrantes se constituyeron en causa recurrente del inconformismo y el proteccionismo de las sociedades de artesanos, las compañías de empresarios y los grupos socioeconómicos aislados o excluidos por las consecuencias directas, indirectas o colaterales de las políticas económicas librecambistas, específicamente, por la importación de ideologías, bienes y servicios. Lo cual desencadenó en conflictos y guerras civiles, que en el caso de Colombia tuvo su mayor momento de crisis con la Guerra de los Mil Días (1899-1902).

Guerra que resultó ser la más sanguinaria, desgastante, devastadora y represiva de las libradas por los bandos bipartidistas en pugna desde 1840 al exterminarse al 4% de la población (90000 varones) (Kalmanovitz, 2010a: 116), se

afectó plenamente la economía del país al no poder financiar el Estado vencedor su déficit, se reorientaron los presupuestos públicos y privados a los gastos e inversiones del conflicto, el puerto y la ciudad de Panamá empoderada por Estados Unidos con el canal interoceánico se separó de la República unitaria, se destruyó o retrasó en por lo menos un lustro la producción agropecuaria y la infraestructura nacional, se perdieron los esfuerzos por centralizar y fortalecer la economía a través una moneda única y oficial regida por el patrón oro, y particularmente, ocurrió el desplome y descrédito de las monedas empleadas al hacerse emisiones falsas o sin respaldo por cada uno de los bandos (Bulmer, 2010: 136-137, 140).

La perspectiva generalizadora y totalizante con la que V. Bulmer explica la Historia de América Latina a partir de su “lotería de bienes” limita la posibilidad de reconocer los cambios y crecimientos nacionales al primar las comparaciones econométricas y el reconocimiento de los factores y actores del desarrollo exportador que transformó a las naciones latinoamericanas desde mediados del siglo XIX. En especial, desde la perspectiva de los inmigrantes a quienes se tiene en cuenta como mano de obra servil (Perú, Centroamérica), esclava (Cuba, Brasil) o especializada (Chile, Argentina) (Bulmer, 2010: 111-115) y no como promotores de empresas económicas a partir de sus inversiones financieras y sus acciones de fomento minero, agroindustrial y exportador. Para ello, aprovecharon las oportunidades otorgadas al conformar colonias de inmigrantes a través de las políticas estatales de expropiación de tierras, apertura de mercados y concesión de baldíos, conformando así su propio modelo de “haciendas - aldeas” expansionistas y la reconfiguración de los mercados locales y regionales.

El modelo de “lotería de bienes” dependiente de factores económicos internos y externos para cada ramo de la producción exportadora ha sido asumido en la historiografía colombiana como una serie de ciclos o épocas de auge, crecimiento y prosperidad asociadas al concepto tradicional de “bonanza”. Sin embargo, historiadores de la economía de Colombia como Salomón Kalmanovitz al apelar a la “nueva economía institucional” (neoinstitucionalismo) y a la historia comparada para hacer revisiones y reinterpretaciones a las experiencias económicas regionales y

nacionales del país tampoco da relevancia al papel de las personalidades empresariales que en cada una de las regiones económicas estudiadas son descritas como símbolos y leyendas de su desarrollo socioeconómico.

Si bien la “historia empresarial”, hija predilecta la historia de la economía, ha sido redimensionada al interior de las comunidades científicas como “el laboratorio de la economía o de casos empresariales en que se tomaron decisiones importantes”, los análisis de V. Bulmer-Thomas y S. Kalmanovitz coinciden en la descripción cuantitativa y el análisis estadístico de las series económicas analizadas desde un contexto histórico. Para el caso de la historia económica de Colombia, desde la frialdad econométrica y la ausencia de actores o contextos históricos, la segunda mitad del siglo XIX es explicada como la consecuencia de la estabilidad en las exportaciones de oro y el ascenso de exportaciones de cultivos nuevos. Lo cual se reflejó en que: “posiblemente aumentó la productividad de las nuevas actividades y se redujeron los costos de transporte, porque se comenzó a desarrollar de manera sistemática la navegación a vapor por el río Magdalena; mejoraron los caminos y se abrieron nuevas trochas para los trenes de mulas” (Kalmanovitz, 2010a: 89).

Sin embargo, la “fiebre bicentenario” ha conllevado a la publicación de otras alternativas de estudiar, analizar e interpretar las series cuantitativas consideradas por los historiadores de la economía colombiana. Ejemplo de ello es el libro más importante y polémico que se ha escrito sobre Historia Económica de América Latina durante la segunda década del siglo XXI titulado “*The economic development of Latin American since Independence*” (Bertola y Ocampo, 2012). Uno de sus autores, el Dr. José Antonio Ocampo, ha demostrado que a pesar de los conflictos y desigualdades socioeconómicas existentes en los países latinoamericanos su rezago, atraso y empobrecimiento, en comparación con el resto de países de occidente, ocurrió cuando los Estados optaron por cambiar el modelo económico proteccionista y endógeno de desarrollo por la promesa de mercados fluctuantes e incremento de la deuda externa a mediados del siglo XX. Lo que para algunos historiadores marxistas fue la causa del atraso y la desigualdad que conllevaba a las luchas revolucionarias, desde la perspectiva del neoestructuralismo economista fue la demostración de la

consolidación de los Estados al orientar a cada Nación en la búsqueda de metas productivas y de desarrollo que propiciaron la industrialización y el urbanismo acelerado.

Acorde con la interpretación econométrica de J. Ocampo sobre los siglos XIX y XX, cuando los Estados nacionales latinoamericanos tuvieron el control y liderazgo de la economía a través de grupos industriales dispuestos a producir y exportar los bienes y las materias primas nacionales demandadas por los países afectados por las guerras internas, las guerras mundiales y las crisis económicas internacionales se puede demostrar que los índices de desarrollo social y desarrollo humano de países como Cuba, Argentina, Costa Rica, e incluso Colombia, llegaron a estar en niveles promedio al del resto de naciones industrializadas.

Así, invertir en América Latina después de 1876 fue una excelente alternativa durante el primer gran fenómeno de expansión e intercambio global de las sociedades capitalistas hacia todos los rincones del mundo. Y ello se debió en esencia al cambio en el modelo económico de producción y exportación que los empresarios europeos y norteamericanos promovieron en las antiguas colonias españolas y sus modelos neoborbónicos de producción agrícola, estancos estatales e intercambio regional manufacturero (Safford, 2011).

La tendencia general adoptada e institucionalizada por los regímenes influenciados por los enclaves y concesiones del “neoimperialismo” empresarial europeo y estadounidense durante los períodos políticos liberales y federalistas fue el desarrollo de una economía agroindustrial o minera de exportación para la captación de divisas y la atracción de nuevos capitales. Economía caracterizada por el estímulo a la producción y consumo de manufacturas nacionales para los mercados regionales tradicionales o los promovidos en las fronteras de colonización, extracción o desarrollo vial en cabeza de los empresarios extranjeros aunado a la reivindicación del proteccionismo nacionalista de las clases electorales más influyentes e irreverentes como eran los artesanos y los hacendados. Los Gobiernos promovieron acciones e inversiones para el desarrollo de los connacionales aunque la mayoría de esos contratos y ejecuciones eran captados y monopolizados por las corporaciones de

empresarios foráneos a través de intrincadas redes de clientelismo, burocracia, corrupción y sociedades secretas.

Al ser indagado el Dr. J. Ocampo por el papel específico de los empresarios europeos en su hipótesis sobre el desarrollo y el rezago vivido por América Latina entre la década de los regímenes radicales liberales del siglo XIX (1876 - 1886) y la “década perdida” del siglo XX (1975 – 1985), su respuesta concreta y contundente fue validar que el papel de los empresarios europeos “fue significativo en todos los lugares a los que llegaron” (Ocampo, 2013). No siendo nada ni nadie del lugar donde salieron o huyeron con sus capitales terminaron constituyéndose en América en pieza fundamental en los lugares donde se asentaron, emprendieron actividades comerciales a través de tiendas, boticas y “casas comerciales”, establecieron alianzas familiares con los nacionales o reafirmaron sus vínculos con la patria lejana a través de sus compatriotas, para finalmente, asumir responsabilidades colectivas como empresarios contratados por el Estado o industriales asociados con el Estado para garantizar el desarrollo nacional a través de caminos, ferrocarriles, barcos de vapor, fábricas, extracciones mineras, plantaciones y exportaciones agroindustriales, etc.

Hipótesis que no solo reafirma las interpretaciones históricas de otros economistas latinoamericanos como Ciro Cardoso (1987) o las tendencias de desarrollo económico regional acorde con los grupos étnicos raciales explotados analizadas por Darcy Ribeiro (1992) y renovadas indirectamente en sus interpretaciones por J. Ocampo, pues la presencia progresista y transformadora de los inmigrantes europeos se constituye en fundamento y justificación para las nuevas líneas y tendencias de la investigación económica asociadas con la historia de la empresa, el empresariado y el emprendimiento en América Latina.

A la perspectiva de análisis de J. Ocampo asociada con el “desarrollo hacia fuera” para explicar las dinámicas agroexportadoras en América Latina después de 1870 se suma la influencia que desde sus obras ha tenido la tesis sobre la “producción - especulación” que caracterizó la marginalidad de las empresas e industrias exportadoras del siglo XIX. Tesis según la cual “el objetivo de la <<producción - especulación>> no era generar sectores de exportación estables...

sino más bien apropiarse de la ganancia extraordinaria asociada a la escasez” (Ocampo, 1984: 61-71). Acaparar o especular con los escasos bienes de producción (materias primas, vías, capitales, tasas de interés, mano de obra, etc.) se constituyó al interior de un contexto de capitalismo utilitarista en la mejor opción para la asociación de los comerciantes nacionales con los empresarios extranjeros, la modificación de los contratos preestablecidos entre cultivador y terrateniente o comerciante (contratas o adelantos) por los arrendamientos o contratos libres al incrementarse las ofertas de los comerciantes que competían entre sí para cumplir con la demanda externa y, la inserción de los extranjeros en la producción agroindustrial por medio de haciendas que contaban con capitales, abonos, técnicas y maquinaria para la producción de cueros y carnes o de hojas, semillas y cortezas exóticas de buena calidad y composiciones químicas invaluable.

Así mismo, sirvió para la articulación de la economía regional a la economía mundial al asegurarse ganancias mutuas para los sectores comprometidos: Estado contratante, Empresarios gobernantes y Extranjeros contratistas. Siendo estos últimos, los inversionistas y gestores de nuevas “condiciones” de progreso, diferentes a la exportación y los intercambios basados en las extracciones de oro, a partir de la inestabilidad interna y externa de los mercados a causa de las guerras internas y externas, y consigo, la incertidumbre en los precios y la demanda de los monocultivos y las materias primas exportadas.

Los planteamientos de J. Ocampo han sido empleados como constructo teórico por otros historiadores de la economía colombiana desde la perspectiva de las empresas y los empresarios. Frank Safford (2011), por ejemplo, ha considerado que la producción basada en la especulación no fue una característica de todos los empresarios pues solo algunos pudieron ser exportadores durante las bonanzas de tabacos y quinas, solo algunos fueron afectados por la fluctuación de los mercados y los precios internacionales, así como la mayoría optaron por producir para los mercados locales o regionales que les garantizaban tranquilidad en las transacciones como en los precios al ser regulados por el intervencionismo estatal de precios o los monopolios gremiales de compra de las cosechas de los pequeños productores.

La dimensión económica de las relaciones productivas y empresariales al interior de cada sociedad está condicionada y representada por los “patrones” o contextos de carácter geográfico, ambiental, social y cultural (tradiciones) en las que acontecen (Safford, 2011: 6). Perspectiva interpretativa que el Dr. Carlos Dávila Ladrón de Guevara resalta al sugerir el estudio de la realidad histórica temporal y espacial que caracteriza las actuaciones de cada empresariado, al interior de una “cultura” determinada en la que coexisten y a la que gradualmente pueden afectar y transformar con los cambios en las percepciones y oportunidades de “desarrollo”, antes que “intentar hacerlo mediante malabarismos teóricos con “modelos” elegantes pero difíciles de aplicar al estudio de la realidad” (Dávila, 2011: VIII).

A la par de la experiencia empresarial antioqueña en los Andes occidentales de Colombia, los fenómenos económicos y la constitución de un empresariado en los Andes orientales, específicamente en las provincias del norte aglutinadas después de 1857 como la entidad político-administrativa denominada Estado de Santander, ha sido tema de estudios en todos los niveles de la educación y la investigación al reconocerse que siendo una de las regiones con los suelos más estériles, las topografías más inclinadas y climas malsanos e inclementes, ello no fue impedimento para los comerciantes y empresarios mover sus cargas y mercancías a lomo de mula desde los puertos fluviales hasta los cascos urbanos más distantes. Sin embargo, esos factores en épocas de lluvia incrementaban los costos de transporte, y por ende el precio final de cada producto entre los reducidos grupos humanos que ocasionalmente los adquirían al permanecer dispersos entre las agrestes montañas o las inaccesibles fronteras selváticas de colonización.

De allí que la prioridad de los gobiernos republicanos posteriores a la independencia soberana de España fuese la construcción o reconstrucción de una red de caminos que intercomunicara a todas las provincias con la ciudad capital y los puertos fluviales que permitiera el acceso de mercancías más baratas llegadas de las capitales de la revolución industrial, cuyo efecto inmediato fue la contracción de la producción y expansión textilera de los artesanos de la provincia nororiental del Socorro en los mercados regionales interandinos (Safford, 2011: 4, 15-16).

Así mismo, los consumidores de los textiles de las provincias más apartadas al igual que los parroquianos de las provincias textiles optaron por comprar y vestir los textiles industriales ingleses al resultar más finos, elaborados y baratos que los batanes burdos y sobrevalorados que eran elaborados a mano en cada localidad. Los hacendados y comerciantes neogranadinos comprendieron tardíamente, acorde con las ideas de próceres como Fermín Vargas y Florentino González, que no era posible competir con los países industrializados elaborando los mismos bienes y manufacturas con los que los empresarios europeos y norteamericanos abarrotaban los mercados extranjeros con mayores volúmenes y a menores precios, quienes debían optar por la penetración de sus mercados con materias primas y manufacturas exóticas que no podían producir en sus condados ni en sus colonias ecuatoriales.

Los productos que les permitió confirmar esa percepción como una alternativa efectiva resultaron ser la sustitución de los tejidos de algodón por los sombreros tejidos en paja, así como la sustitución de las harinas y cacao por la producción de tabacos en rama debidamente seleccionados, aliñados y “planchados” por las factorías estatales o los exportadores particulares para los mercados de las naciones más industrializadas, especialmente a través de los puertos alemanes de Frankfurt y Bremen (Pérez, 2013b).

Las provincias tabacaleras más beneficiadas por esas políticas fueron las ribereñas al río Magdalena (Ambalema, Carmen de Bolívar) al ahorrarse los altos costos de empaque, logística y transporte del tabaco andino que debía ser conducido a través de caminos inaccesibles hasta los puertos fluviales más cercanos, lo cual propició su retardo y poca participación productiva al estar bloqueadas sus formas de salida y participación en el desarrollo hacia el exterior. De allí que la gran innovación empresarial de inmigrantes agroindustriales como los alemanes de Santander fue incursionar en la producción de tabacos sustituyendo el cultivo del tabaco negro nativo por variedades seleccionadas de tabaco rubio importado desde Estados Unidos y las Antillas, las cuales eran demandadas y altamente apreciadas en el mercado europeo, especialmente entre ingleses y alemanes aislados de las factorías españolas y holandesas en el Caribe.

De tal modo, las empresas y los empresarios nacionales de la primera mitad del siglo XIX se caracterizaron por asumir sus inversiones y gestiones como parte de una “obligación social y patriótica” en favor del mejoramiento nacional, siendo públicamente reconocidas y protegidas sus técnicas por medio de patentes oficiales (privilegios) como “expresión del deseo de contribuir a la construcción de una nación moderna por medio del establecimiento de fábricas. Eran pequeñas pero seguían de alguna los modelos europeos” (Safford, 2011: 19). En la medida que el Estado protegía de manera monopólica los productos que producían exclusivamente algunos empresarios, en las grandes ciudades del país y en ramos de alta demanda nacional como la ferrería, papel, vidrio, porcelana, paños, etc., se reconocieron nuevas oportunidades de desarrollo como la construcción de la maquinaria, la sustitución de los técnicos e ingenieros extranjeros, así como la formación de técnicos nacionales capaces de construir, reparar y hacer funcionar las fábricas.

Esa creciente inmigración de comerciantes y empresarios extranjeros que se dio desde mediados del siglo XIX estuvo matizada por su desinterés en competir con las nacientes elites industriales colombianas obsesionadas en malgastar sus capitales en la importación de máquinas y técnicas novedosas. Por el contrario, optaron por enfocarse sagazmente en la base de la riqueza y la producción real de las regiones más distantes como fue hacer “inversiones a la exportación de productos agrícolas para importar manufacturas inglesas” (Safford, 2011: 22).

Ese fue el caso del empresario alemán Geo von Lengerke quien después de aprender durante una década sobre las barreras ambientales, las malas prácticas, las visiones capitalistas de “bajo vuelo” (Safford, 2011: 37), la limitación a los “negocios conocidos” y las técnicas obsoletas de los comerciantes y hacendados santandereanos, etc., pasó de traficante aprendiz a experto de la economía regional. Cambió las formas tradicionales de la economía al enfocarse en la apertura de nuevos mercados de exportación, hizo inversiones exorbitantes en infraestructura, motivó a los empresarios regionales a asociarse entre sí, así como los condicionó a cambiar su perspectiva productiva ante sus innovaciones y hallazgos (Safford, 2011: 33).

CAPÍTULO 4: MARCO METODOLÓGICO [LAS FUENTES HISTÓRICAS]

Para dar cumplimiento a las formalidades metodológicas de todo informe de investigación se presentan de manera concisa las exigencias requeridas en el modelo de presentación de Tesis de TAU y posteriormente se desarrollan en dos subcapítulos los resultados historiográficos obtenidos.

Tipo de Investigación: Acorde al alcances y profundidad de los resultados corresponde a una investigación descriptiva, según el uso de la información corresponde a una investigación teórica – formal y por el origen de las fuentes corresponde a una investigación de archivos históricos y depósitos bibliográficos.

Diseño muestral: Se empleó un diseño no probabilístico, a juicio y criterio del autor a partir de la información obtenida en archivos históricos y depósitos bibliográficos, siendo la fuente principal de investigación los relatos literarios.

Instrumentos: La recolección de la información, especialmente entre los textos de literatura nacional y regional, se realizó por medio de capturas digitales y el procesamiento de la misma a través de procesadores de texto digitales.

Procedimiento: Acorde con cada fuente histórica y literaria explorada y seleccionada se procedió a capturar, descargar y clasificar la información en carpetas digitales distribuidas según el orden y propósitos de los objetivos de la investigación.

Análisis e interpretación de datos: Se empleó un método de análisis crítico-comparativo (hermenéutico) de textos históricos como de relatos literarios y un método de reconfiguración e interpretación de los datos de carácter deductivo.

4.1 Tipo, diseño, instrumentos y procedimiento. [Historia oficial e historia crítica]

La Historia profesional y las fuentes documentales sobre el ser histórico. Las descripciones, ficciones y sobrevaloraciones de los narradores históricos como de los historiadores narrantes acerca de los inmigrantes alemanes han hecho pensar a los herederos y consumidores de esas creaciones que con “Geo von Lengerke hay que escudriñar el espíritu oculto de los cambios que tuvieron lugar en Santander durante la segunda mitad del siglo XIX, y con el de la inmensa mayoría de los colombianos de hoy” (Serrano, 1948: 13). El genio y la obra de las personalidades extraordinarias al preservarse en el imaginario de las sociedades han motivado a las nuevas generaciones de escritores de literatura a innovar en sus creaciones sobre hechos del pasado empleando los métodos y técnicas de la Historia.

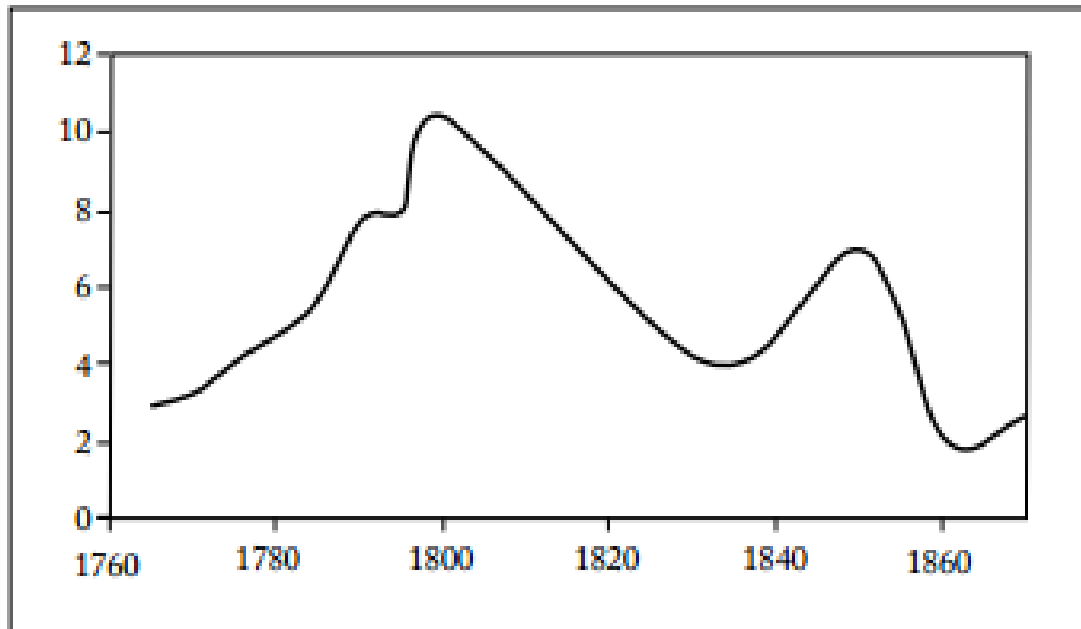
L. Serrano (1948) planteó que el devenir vital y empresarial de personajes inusuales como “Lengerke representa al hombre audaz, lleno de esperanza en el futuro y también cargado con el fardo del pasado. Un verdadero explorador de una tierra indómita, telúrica, casi primitiva, pero dotada de un potencial formidable. Esta consideración hace de la biografía de este titán germánico, un hito para nuestros días, en los que los individuos cuentan tan poco en la realización de grandes empresas, hazañas si se quiere” (Serrano, 1948: 14).

Sin embargo, los intereses ocultos y las audacias exploratorias del inmigrante alemán ante el potencial de riquezas que desde los tiempos de A. Humboldt se habían identificado en los territorios neogranadinos han sido interpretadas desde la crítica de fuentes y la reflexión teórico-conceptual de los historiadores profesionales de forma opuesta a las recreaciones de los literatos sobre sus derrotas existenciales o a los imaginarios culturales de los académicos acerca de la épica construcción de caminos comerciales. A. Escovar (2005) ha planteado al respecto que: “por encima de las razones prácticas que lo llevaron a construir sus caminos, estaba también interesado en la inmediata valorización de las tierras recibidas por la apertura de éstos, así como en la reventa de los terrenos a colonos atraídos por el comercio de la vía, y también en el cobro de los derechos de peaje a los usuarios”.

Planteamiento que renueva la condición de “bandido alemán” dada por H. Alvarado a la presencia de G. Lengerke y la colonia de alemanes que trajo consigo a Santander como parte de un contexto en el que “predominaron la especulación y el robo en el marco de las relaciones económicas basadas en el poder y las influencias” (Carreño y Maldonado, 2009: 30). Esa perspectiva ha sido compartida y sustentada por los investigadores profesionales que han estudiado la inmigración de mercaderes, comerciantes y empresarios alemanes (Duque, 2005: 149) durante el “olímpico radical” a partir de las fuentes documentales conservadas en los archivos históricos regionales. Y si bien la voz del ser histórico tiende a ser reconocida y restringida solo a través de lo jurado y firmado ante notarios, jueces y gobernantes no es posible desconocer el influjo y las transformaciones que se dieron con la presencia de extranjeros a quienes se les concedieron privilegios y consideraciones extraordinarias basados en la superioridad y reconocimiento como seres excepcionales de forma pública y privada (Carreño, 2010: 6).

Los inmigrantes alemanes que se residenciaron como comerciantes con tiendas, depósitos, casas comerciales, casas de campo y haciendas en ciudades andinas como Bucaramanga fueron integrándose gradualmente a las mismas al visitarlas y ser aceptados por los comerciantes más reconocidos como “especuladores”, mercaderes de objetos importados o compradores de artículos de exportación asentados en ciudades como Cúcuta o Barranquilla donde se encontraba la mayor parte de sus conciudadanos. Posteriormente, al ser aceptados en los círculos de poder político-económico y las redes socioculturales al interior de cada Ciudad y Departamento contaron con la suficiente credibilidad, respaldo y reconocimiento de las elites de comerciantes para contratar con el Estado, así como para obtener concesiones para sus emporios agroindustriales a través de compañías empresarias, compañías mineras, compañías agrícolas, e incluso compañías socioculturales asociadas con colegios, talleres y academias (Duque, 2005: 169).

Gráfico 4. Participación de los impuestos en el PIB, 1765-1870 (Porcentaje)



Fuente: Kalmanovitz (2006) y Kalmanovitz y López (2007).

Tomado de: Kalmanovitz, S. (2008). “Consecuencias económicas de la Independencia en Colombia”. En: Revista de Economía Institucional. Vol. 10, No. 19. P. 210

Entre esos contratos los más importantes y beneficiosos a mediano plazo fueron la construcción y administración privada de caminos de herradura y puentes colgantes para la exportación de las materias primas y los monocultivos cuyos principales productores o comerciantes exportadores eran los mismos empresarios constructores de los caminos o puentes y sus socios accionarios. El Estado federal de Colombia, y en particular el Estado Soberano de Santander, al confiar esa responsabilidad a los acaudalados, honorables y experimentados empresarios alemanes, la mayoría de ellos con conocimientos avanzados en ingeniería, confiaban en revitalizar con su emprendimiento como inversionistas, hacendados, constructores, comerciantes y agroexportadores los ingresos nacionales y estatales por concepto de aduanas. Valga señalar que en 1860 el recaudo de los impuestos nacionales por cada carga exportada o importada llegó a su nivel más bajo y crítico en toda la historia neogranadina (ver gráfico 4), incluido el exitoso período de las

reformas borbónicas y los hallazgos agroexportadores de la Expedición Botánica. Fenómeno explicado por la desaparición de los impuestos comerciales (alcabala, almojarifazgo, estancos, etc.) y la reducción en la cantidad como en la cuantía de las contribuciones públicas que debían pagar los ciudadanos “liberales”.

La historiadora Clara Carreño (2007) ha demostrado a partir de periódicos oficiales, instrumentos notariales y archivos judiciales que las “compañías empresarias” constructoras de caminos hacia los puertos de los ríos Lebrija y Sogamoso, y desde allí hasta las bodegas y puertos sobre el río Magdalena, emplearon su existencia y simbolismo como rutas de progreso “para impulsar la especulación con tierras y el acaparamiento de rutas comerciales” (Carreño, 2010). Siendo Lengerke y sus asociados los principales beneficiados al terminar “monopolizando la navegación del río y el propio camino, imponiendo trabas a los conductores y empresarios para impedir la libre competencia”. Aunado al estricto cobro que hizo por el uso de los caminos empedrados y los puentes colgantes que le permitió adicionalmente “acumular una pequeña ganancia de los beneficios que ofrecía el producto del cobro de los fletes y pontazgos” (Carreño, 2007: 188).

Oligopolios denunciados por las demás casas comerciales quienes también pretendían “conducir cargas y mover mercancías” (Carreño, 2007: 188) con sus propias mulas, arrieros y escoltas a través de los caminos “públicos” que administraban los alemanes, aunado a las denuncias por los reiterados ataques y robos de cargas, mulas y bienes personales de los supuestos “salvajes” que hacían presencia en sus territorios, así como los informes oficiales y particulares sobre el irregular usufructo de baldíos y fondos públicos por los contratistas sin estar en óptimas condiciones los caminos, tambos y bodegas contratados.

Los únicos beneficiados de la construcción de los caminos hasta los ríos occidentales de Santander que comunicaban con el río Magdalena, el principal medio de transporte del país con el resto del mundo, eran las casas comerciales del Departamento de Soto que administraban esas rutas y los recursos anexos a las mismas (pastos, aguas, maderas). De tal modo, “tantos privilegios y tantas concesiones parecían no manifestar efecto alguno para el progreso del Departamento

y sólo contribuyeron a alimentar los propios intereses del constructor, quien decidía hasta qué términos llevar a cabo el contrato, dependiendo de sus necesidades comerciales” (Carreño, 2010). A partir de esas consideraciones, la sociedad constructora de caminos de Lengerke y sus socios del comercio de Bucaramanga ha sido cuestionada y desdibujada por la historiografía profesional de Santander al ser presentada tradicionalmente como una organización progresista que pretendía dar solución a los problemas político-económicos y socioculturales de Santander, al reactivar el comercio con los mercados del exterior como desde la activación productiva de los bosques y selvas de baldíos a través de nuevos mercados regionales (Legrand, 1988: 42), y fomentar el consumo de los tejidos, dulces y manufacturas agroindustriales de las provincias andinas empobrecidas por el consumo de las manufacturas europeas ofrecidas a menores costos por las casas importadoras de Cúcuta, Bucaramanga y El Socorro (Ramos, 2000).

C. Carreño optó por presentar la Sociedad comercial de Lengerke como una corporación de manipulación, explotación y especulación de tierras preconcebida por los comerciantes alemanes de Soto y sus aliados políticos del Socorro para monopolizar las redes viales, los recursos de las nuevas zonas de frontera y las dinámicas de la ocupación y urbanismo de los territorios colonizados o por colonizar acorde con la distancia respectiva a cada camino. Una Sociedad empresaria que limitó el acceso a las rutas de extracción exportadora o de importación mercantil al ser regulado o limitado su uso para las casas comerciales rivales mientras que las cargas y traslados de sus asociados y arrieros se les otorgaba la mayor seguridad y prioridad posibles a través de la infraestructura de tambos, posadas, granjas con labranzas y aldeas-haciendas ubicadas de forma estratégica a lo largo de los “caminos de Lengerke” que servían como bodegas y depósitos auxiliares.

Estrategia que al estar basada en el desvío de conductores y empresarios de los caminos centrales, el monopolio sobre la navegación del río Sogamoso y las trabas a la libre competencia y acceso a servicios y tierras (Carreño, 2007: 54), etc., ofreció las garantías y condiciones necesarias para el directo y exclusivo beneficio personal o gremial de los inmigrantes alemanes. Sin embargo, la red y circuito

comercial concentrado en la aldea-hacienda de Montebello para la exportación preferente de “tabaco en rama, café, cacao, quina, tagua, añil, oro, anís, plata, cueros, orquídeas, cobre y sombreros fabricados domésticamente con nacuma y caña brava (jipijapa)” (Carreño, 2007: 32) a los puertos de Alemania resultó ser temporal e improductiva.

Historia económica sobre empresariado y emprendimiento quinero. Una década después fue de mutuo conocimiento entre el “Comercio de Soto” la inutilidad y el desuso comercial del camino de Barrancabermeja por los comerciantes de Bucaramanga, obligando a los empresarios alemanes a reconcentrar sagazmente su dinámica vial y comercial a través del monopolio que ejercían sobre los peajes del Tablazo y Lincoln como nodo de conexión directa de los comerciantes andinos con el río Magdalena a través de los ríos Sogamoso y Lebrija. G. Lengerke afrontó públicamente en 1878 como pérdidas personales la decadencia vial, la improductividad de las rentas por peajes y pontazgos y la inutilidad comercial que tenía para el comercio de Bucaramanga el camino al río Magdalena por Puerto Santander pues su desuso antes que al ataque y asaltos homicidas de los indios salvajes había sido resultado de la dinámica económica propiciada por la extracción de la apetecida quina y su transporte a través de los ríos Sogamoso y Lebrija.

De allí que optara por asociarse con el Gobierno estatal del empresario Solón Wilches para garantizar su dominio sobre los caminos y bodegas que llevaban la quina hasta los puertos de exportación a través de la compañía de capitales mixtos denominada “Compañía Industrial de Santander”, la cual fue operada por la “Sociedad Industrial Lengerke y Cía” representada, al igual que las demás empresas comerciales de G. Lengerke, por su sobrino Paul Lorent (Carreño, 2007: 77). La nueva fuente de riqueza al ser almacenada en las bodegas, tambos y depósitos construidos a lo largo de las riberas de los ríos Sogamoso y Lebrija después de ser traída a lomo de mula dentro de miles de bultos fique rellenos de las cortezas extraídas de las sierras más cercanas propició a su vez que los transportes de arrieros, cargas y gentes se reconcentraran y redirigieran hacia el Caribe a través de nuevas rutas de progreso como eran los caminos carreteros y los ferrocarriles interandinos. A

lo cual se aunó la creciente exportación de miles de sacos de café que de forma continua empezaron a ser exportados a través de los puertos más cercanos a la cuenca del río Lebrija, especialmente desde los piedemontes de Bucaramanga, Rionegro y El Playón.

La tradicional ruta vial que conducía al río Sogamoso después de ser refaccionada y modificado sus trazado por G. Lengerke como parte de los contratos y privilegios otorgados por el Estado de Santander fue considerada a partir de la bonanza quinera como el mejor, más rápido y económico de los caminos de Santander. En el número 992 de la “Gaceta de Santander” de 1875 se avisó al público que, a diferencia de la novedosa y cómoda ruta construida por G. Lengerke hasta el Puerto de Santander junto al río Magdalena, a través del viejo camino del Sogamoso que se desviaba desde el Tablazo “...las recuas hacen el viaje por este camino en la mitad del tiempo que emplean en el otro y es un cosa sabida generalmente que los fletadores transitan por este camino con preferencia al de Barrancabermeja” (Carreño, 2007: 81).

Al perder la Sociedad de Lengerke desde la Hacienda de Montebello su monopolio efectivo a falta de transeúntes sobre el camino y las bodegas del Magdalena, las compañías quineras rivales, especialmente las representadas por el Manuel Cortissoz desde la hacienda La Paz y Demetrio Cruz desde la hacienda de La Victoria, pudieron optar por diferentes alternativas para trasladar sus bultos de quina hacia el Sogamoso y embarcarlas desde los puertos y bodegas más cercanos a los lugares de extracción. M. Cortissoz, **venezolano con ascendencia judía y holandesa en Curazao**, al igual que G. Lengerke estableció con sus familiares una sociedad para la explotación y comercio rural de las quinas denominada “Compañía Industrial de la Paz”, así como contaba con su propia casa y establecimiento de comercio urbano en Bucaramanga registrado como “M. Cortissoz y Compañía” (Carreño, 2010).

Los nuevos magnates quineros apelaron además a las mismas estrategias de corrupción y manipulación política de las casa alemanas para lo cual entablaron alianzas clientelistas con los gobernantes federales (Rafael Núñez) y estatales (Solón Wilches) representadas en el apoyo electoral, militar y judicial en la lucha contra los

revolucionarios, delincuentes y contrabandistas que transitaban por los caminos y rutas del Sogamoso a cambio del respaldo a sus inversiones extractoras ampliando la extensión de los baldíos que se les había asignado entre el río Sogamoso y el Lebrija mientras que G. Lengerke debía arreglárselas con los privilegios entre el Sogamoso y el Carare, compartiéndolos a sangre y fuego con M. Cortissoz (Ocampo, 1984: 299).

La competencia por el control de los caminos y el dominio de los baldíos quineros existentes en el Sogamoso entre Lengerke, Cortissoz y Cruz propició a su vez el surgimiento de nuevos negocios y mercancías que dinamizaron los mercados de Bucaramanga, El Socorro y Cúcuta como fue el comercio de sal importada y la exportación de café arábigo. El incremento en el tránsito de recuas y cargas hacia los puertos obligó a la inversión de los empresarios en la refacción de los caminos que empleaban habitualmente, a la acumulación de los capitales obtenidos en casas bancarias (banco prendario de Soto, Banco de Santander), a partir de los cuales se financiaron los contratos de construcción de las primeras líneas férreas para dinamizar y aumentar el tránsito de cargas y viajeros ante lo costoso que resultaban los derrumbes y avalanchas sobre los caminos y puentes cada invierno, y consigo, el abandono de las cargas en los caminos intransitables o el abarrotamiento que se experimentaba en las bodegas y los tambos. Los nuevos caminos lograron la unificación de las fuerzas e influencias de los comerciantes y empresarios legales para autorregular y armonizar las condiciones, precios y rutas de extracción quinera por medio de una “Junta de Comercio” (1881) (Ramírez, 2009) conformada por los representantes de las cuatro principales sociedades y compañías de Santander.

Las luchas entre los empresarios quineros se reorientaron entonces a contrarrestar el accionar de los delincuentes y contrabandistas que circulaban por los caminos y puertos del Sogamoso o el Lebrija para evadir las aduanas estatales existentes en los peajes creados y administrados por la Sociedad industrial de G. Lengerke en Zapatoca, Montebello, El Tablazo, Botijas y Puerto Santander. Los pequeños comerciantes quineros al constituirse en terratenientes de los baldíos que habían ocupado y deforestado durante la extracción de cortezas medicinales, especialmente durante la guerra de guerrillas quineras entre las casas comerciales de

Lengerke y Cortissoz, debieron a su vez garantizar la defensa y resguardo de las haciendas que habían constituido al trazar nuevas rutas con sus propios tambos, puentes y bodegas hacia el camino central y fluvial del Lebrija. Era su obligación empresarial salvaguardar sus bultos de quina, escapar de las confrontaciones armadas, los robos y asaltos que mutuamente se hacían los bandos a lo largo de los caminos públicos y centrales del Sogamoso y, justificar el dominio perimetral de cada hacienda, las cuales servían a su vez como lugares de concentración urbana, centros de logística o abastecimiento y puntos de reclutamiento de los recolectores de quina y sus escoltas armadas.

La “fiebre de la quina” llegó a ser de tales proporciones que los comerciantes alemanes optaron por transformar los baldíos que usaban para potreros de ganados, pastos de engorde, establos de mulas y labranzas en extensas plantaciones de las mejores quinas demandadas por el mercado internacional después de ser domesticadas como monocultivos agroindustriales y sin importar poner el riesgo para las fuentes de sustento de las familias y trabajadores que estaban a cargo de los caminos que las atravesaban (Carreño, 2007: 100). Potreros y tierras de cultivo que habían sido bosques baldíos junto a los caminos centrales y que de forma fraudulenta o permisiva por parte de los Gobernantes y Legisladores de Santander habían sido obtenidos por Lengerke y Lorent desde 1863 sin haber cumplido plenamente las condiciones de los contratos que entregaban en usufructo y privilegio el goce de los mismos hasta por veinticinco años en no menos de cuatro mil hectáreas cada contrato.

Las consecuencias de la lucha empresarial entre los inmigrantes por el control de la explotación y exportación de las quinas extraídas de los baldíos de Santander, específicamente la cruenta guerra de guerrillas que ocurría entre la casa comercial alemana y el Comercio (venezolano) de Bucaramanga recreada Pedro Gómez Valderrama en la novela “La Otra Raya del Tigre” (1983), fue informada al país por el afamado periodista conservador Carlos Martínez Silva al narrar que:

“En Santander hay grande agitación con motivo de la competencia suscitada entre el Gobierno del Estado y una fuerte compañía explotadora de quinas, que se

hizo adjudicar por la nación terrenos baldíos a que cree tener derecho también el Estado, como socio de otra compañía empresaria en la misma especulación. Esto ha dado lugar a recíprocas hostilidades y a actos de verdadero latrocinio de una y otra parte, que hacen recordar las escenas de California cuando se descubrieron allí sus afamados placeres. Los extractores de quinas en aquella parte de Santander que hoy es el objeto de la disputa, recorren los bosques armados, se atacan unos a otros y se roban los víveres y los productos siempre que pueden, y aún se ha llegado a temer de un momento a otro un verdadero combate entre las fuerzas del Gobierno del Estado y las partidas de trabajadores que sostiene la compañía de que es agente el señor Cortissoz” (Martínez, 1880, 1).

Juicios históricos sumados a la indolencia y el daño fiscal causados por las autoridades gubernamentales y los organismos de control al no ser investigados ni enjuiciados los empresarios alemanes como parte de las redes de poder, clientelismo y corrupción a las que estaban adscritos los comerciantes extranjeros protegidos por la facción liberal radical en el poder (Carreño, 2010: 9). De allí que al interés capitalista del empresariado extranjero y sus socios utilitaristas por hacerse al control de territorios, rutas y enclaves autonómicos de producción económica con fines de extracción exportadora fuese proporcionalmente aceptado y respaldado por las facciones y partidos políticos dominantes al ser presentado y exaltado públicamente como el visionario, mecenas, promotor y hacedor del progreso prometido por los legisladores y gobernadores para Santander.

Constituyéndose esa relación de mutuos beneficios en la mejor alternativa para mantenerse las elites nativas en el poder mientras que las elites extranjeras a la par de incrementar su lucro y posesiones propiciaban una favorable percepción de desarrollo al transformarse las prácticas socioculturales, reactivarse los mercados regionales y ser visibles las obras públicas que aseguraban los abastecimientos y el intercambio entre los distritos y departamentos. En el caso de las relaciones y maquinaciones entre el Presidente del Estado de Santander Solón Wilches y su círculo de comerciantes y políticos liberales “radicales” fue evidente el monopolio que pretendieron ejercer sobre las tierras, el comercio de suministros y las

extracciones quineras asociadas con los caminos del departamento de García Rovira al Táchira y los llanos orientales (Círculo político-económico de La Concepción), así como sus alianzas con las redes de poder económico representados en el Departamento de Soto y el valle del Magdalena por G. Lengerke y las casas comerciales de inmigrantes alemanes (Hederich, Goelkel) (Duque, 2005: 165) que controlaban los caminos al Sogamoso y el Magdalena (Círculo de Montebello).

Esas redes interregionales permitieron a las élites empresariales departamentales poder asegurar el rápido y efectivo tránsito de las cargas y mercancías desde el exterior hasta sus lugares de influencia, y viceversa, así como la directa “interdependencia entre el poder de los comerciantes y el político” (Carreño, 2012: 46). En particular, al ser evidenciable las argucias y estrategias empleadas por los comerciantes para sobrevivir y obtener los mayores beneficios al interior del Estado al comprar y contar con “las mejores conexiones en el más alto nivel político” (Ibarra, 1998), al someter a las decisiones e intereses de los políticos las nuevas fuentes de riqueza, y consigo, al presionar al interior de los estados federales cambios en el gobierno o en las políticas públicas en favor de los empresarios constructores o industriales. Para ello presentaban proyectos de interés gremial para el desarrollo vial o agroindustrial cuya urgencia de aprobación y financiación se etiquetaba como obras de “utilidad pública” e interés general.

La posesión y transformación productiva de los incivilizados y temidos baldíos en inflados y sobrevalorados terrenos productivos propició la renovación comercial y productiva de las aldeas que nacieron, renacieron o fueron interconectadas por los nuevos caminos, se propició el desarrollo de servicios urbanos para los viajeros, arrieros y traficantes a través de las posadas y peajes que se transformaron en aldeas y cabeceras municipales, así como la ocupación productiva de esas tierras garantizó el sostenimiento, cuidado y preservación de los caminos que habían propiciado la transformación, reconcentración y explotación en su uso (Carreño, 2007: 184). Sin embargo, la lucha por la conservación de los oligopolios agroexportadores por parte de las élites liberales se constituyó en parte de los intereses que justificaron las últimas tres guerras del siglo XIX.

4.2 Análisis e interpretación de datos. [Historia crítica y literatura histórica]

Historia literaria del conflicto. Las representaciones o productos culturales consecuentes a la “guerra de los mil días” demuestran que fue una guerra consecuente a las revoluciones y guerras emprendidas desde hacía dos décadas por los empresarios liberales radicales en su afán por recuperar el poder político y los monopolios económicos compartidos con los empresarios extranjeros. La última guerra civil del siglo XIX y la causa de los odios bipartidistas y las luchas irregulares asociadas con la “violencia” y el “conflicto” de los siglos XX y XXI se constituyó en uno de los hechos más importantes y decisivos en la reestructuración del Estado-Nación colombiano durante el último siglo.

El conflicto bélico bipartidista acabó de raíz con el régimen político federalista que infructuosamente pretendió ser restablecido por el liberalismo radical con las revoluciones de 1885, 1895 y 1899 contra el nacionalismo regenerador, extinguió lo más selecto de toda una generación de intelectuales y literatos liberales que se sacrificaron en el campo de batalla por un partido o por un caudillo, así como permitió que el conservatismo vencedor impusiera un régimen de censura católica y la persecución policiva a los escritores liberales que sobrevivieron a la guerra, siendo sus escritos autorizados y publicados años después de su creación.

Santander no solo fue el Departamento donde se inició y definió la transición de la guerra regular a la guerra de guerrillas que definió la Guerra de los Mil Días después de la Batalla de Palonegro pues las experiencias, cuestionamientos y decepciones de la lucha bélica bipartidista propiciaron una nutrida creación de cuentos, relatos, novelas y memorias acerca de lo vivido por parte de los sobrevivientes cuya divulgación fue regulada por la aprobación y publicación oficial acorde al partido político en el poder. Esos relatos han complementado los análisis científicos que desde las Ciencias Sociales han hecho Charles Bergquist, Luis Javier Ortíz, Jorge Villegas, Miguel Angel Urrego, Alvaro Tirado Mejia, entre otros, aunque su preocupación analítica al corresponder a las estructuras teórico-conceptuales y a las dinámicas político-económicas propias del conocimiento sociohumanístico han

conllevado a que la importancia literaria o el análisis de los imaginarios y ficciones del escritor no fuesen considerados relevantes o significativos.

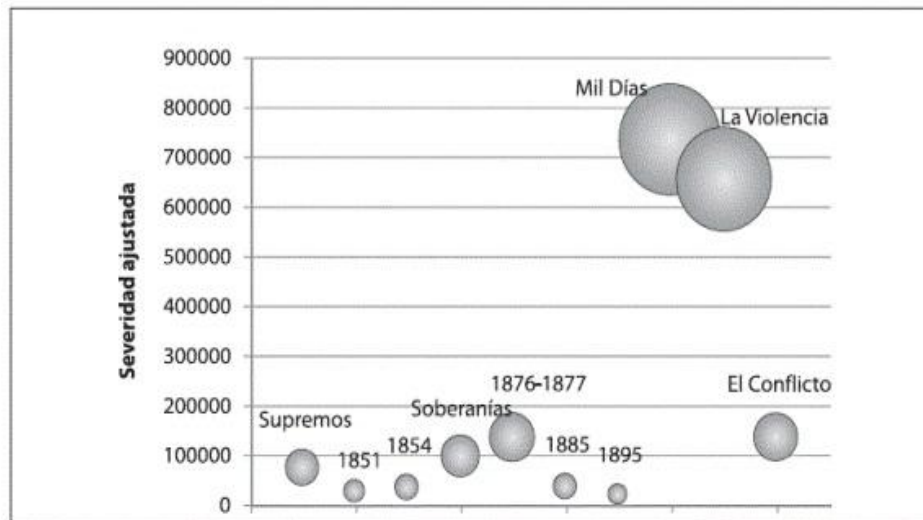
Durante las últimas tres décadas algunos intelectuales y académicos han promovido desde Santander el rescate, recuperación y divulgación por medio de voluminosas compilaciones antológicas de algunos de los textos asociados con la Guerra de los Mil Días entre los cuales se desatacan las iniciativas de Eduardo Rueda, Gonzalo España, Aída Martínez Carreño, Mario Palencia, Gonzalo Sánchez, Arbey Atehortua, entre otros, que si bien propenden por agregar sus análisis como investigadores y compiladores por medio de estudios introductorios que orientan al lector sobre las pretensiones y alcances de la literatura creada durante la guerra y postguerra no ahondan en el análisis específico de las pretensiones político-ideológicas de las obras, los cuestionamientos éticos y los juicios cívicos de los autores ante sus acciones y vivencias como miembros activos de los partidos en disputa y sus responsabilidades en los sucesos de la guerra al actuar como combatientes. Tendencia revalidada por Eduardo Martínez (2011).

La literatura colombiana cuyos temas y propósitos están asociados con la recreación de los conflictos bélicos del siglo XIX ha sido compilada y clasificada como parte de la literatura de la “Violencia” en antologías como la publicada por Luz Mary Giraldo titulada “Cuentos y relatos de la literatura colombiana” (2005, II). No obstante, su denominación más apropiada es la de Literatura de las “Guerras Civiles Colombianas” al ser cortes o rupturas modernizadoras ante el costumbrismo nacionalista y el dogmatismo de los políticos escritores (los “gramáticos”) en el poder (García, 1996). Los mejores ejemplos de esas tendencias son los textos literarios que fueron seleccionados en las compilaciones, antologías y estudios sociohumanísticos publicados por autores como Gonzalo España (2003), Arbey Atehortua, Mario Palencia y Gonzalo Sánchez (2001).

Los autores de la literatura de las Guerras Civiles fueron en su mayoría actores políticos y combatientes heroicos que representaban las características socioculturales y las disputas bipartidistas durante la segunda mitad del siglo XIX.

Narradores sociopolíticos descritos de la siguiente manera: “Aunque no todos los autores eran escritores profesionales, en esa sociedad colombiana de mediados del siglo XIX, compuesta por comerciantes, artesanos, terratenientes, pequeños agricultores y esclavos, muchos de ellos se incorporaron a la literatura costumbrista sin mayor conflicto, ya que ser escritor parecía una tarea de todos o para todos, demostrada en la destreza de la escritura, la filigrana narrativa y descriptiva y el rigor del estilo” (Giraldo, 2005: XVII-XVIII).

Gráfico 5. Severidad (ajustada) de las Guerras en Colombia



Tomado de: Ramírez, J. y Fortou, J. (2011, ago). “Una comparación cuantitativa de las guerras civiles colombianas, 1830 – 2010”. En: *Análisis político*. Bogotá: Iepri. Consultado el 28 de agosto de 2013 de: http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0121-47052011000200001&script=sci_arttext

El realismo de las vivencias, horrores y contrariedades de las ocho guerras civiles de la segunda mitad del siglo XIX fueron por sí mismas tema suficiente para la creación literaria, especialmente la “Guerra de los Mil Días” al ser la más severa, cruel y destructiva de las oficialmente reconocidas por el Estado (Ver gráfico 5). Sin embargo, la literatura de las guerras civiles al contextualizarse en las ciudades y centros urbanos donde ocurrieron las principales batallas conllevó a que los autores se preocuparan por describir los conflictos sociales y las exclusiones político-culturales

que empezaban a caracterizar los crecientes procesos de emigración de la población rural a las capitales provinciales. Dinámica en la cual las protestas sociales se conjugaban con las reflexiones estéticas, los cuestionamientos existenciales y las influencias cosmopolitas de la modernidad a partir de procesos de cambio y cuestionamiento a las tradiciones cuyo elemento común era “la incidencia del desplazamiento del campo a la ciudad a causa de la Guerra de los Mil Días – que cierra el siglo XIX y abre el XX, repitiéndose de manera análoga al paso del XXI- deja constancia en las letras y las artes. La tensión entre lo rural y lo urbano impone temas, personajes, lenguajes y búsquedas que oscilan entre la tradición y la renovación” (Giraldo, 2005: XIX).

Así, la guerra de 1899 propició el control absoluto del poder entre vencedores y vencidos, la transición literaria del costumbrismo rural al modernismo urbano, la parálisis creativa de escritores y editores al centrar sus esfuerzos en la defensa de la causa partidista, e incluso, la redefinición de la condición ideológica y política del ciudadano. Al cuestionarse los señoríos y caciquismos republicanos con sus estrategias electorales basadas en las clientelas territoriales para darse paso a los caudillismos populistas, a las reflexiones teóricas inspiradas en las discusiones anarquistas, socialistas y comunistas mediadas por las narrativas de las revoluciones populares, así como el renacer de la reflexión sociopolítica a partir de la crítica literaria, artística y cinematográfica fomentada por organizaciones de intelectuales visibilizados a través de publicaciones impresas herederas de las sociedades y revistas literarias del siglo XIX (Tamayo y Botero, 2005: XXX). No obstante, la violencia postbélica infringida por el vencedor contra el vencido durante la “República Conservadora” propició nuevas formas de violencia, persecución y agresión psicofísica con la llegada al poder del vencido (“República Liberal”) al promoverse de forma sistemática la revisión de los discursos sobre lo acontecido, al publicitarse nuevos relatos y narrativas sobre los hechos de la última guerra, y en particular, al publicarse las autobiografías de los héroes y combatientes que apelando a cuentos, novelas y memorias de carácter documental y testimonial exploraban las causas del

triunfo absoluto de la “Regeneración” al ser quebradas en los campos de batalla las aspiraciones del liberalismo romántico, radical y federalista por retornar al poder después de haber sido vencidos reiterativamente en las urnas por los “nacionalistas” e “independientes” (liberales y conservadores que respaldaban a Rafael Núñez).

De allí que la literatura de la “Violencia” consecuente a los productos de la literatura de las “Guerra de los Mil Días” fuese caracterizada desde las autofiguras y autorepresentaciones literarias de los ideólogos y combatientes durante la primera mitad del siglo XX por el reconocimiento de “bandos opuestos, situaciones emocionales, introspección de personajes, épocas, escrituras y formas; mirando más allá de las heridas y la sangre derramada en cada página de ciertas ficciones anteriores, revelando la expansión del campo a la ciudad; ahondando en la soledad y el desastre de la contemporaneidad; aboliendo la noción del territorio hasta sugerir la ruptura de los límites” (Giraldo, 2005: (1) 6). Ese esfuerzo conllevó a la necesidad de dar continuidad en medio de las cenizas y los cuerpos insepultos a la búsqueda de una narrativa autóctona acorde a los logros y alcances de cada literatura regional, constituyéndose los escenarios del teatro de operaciones y los hechos mismos de la guerra en Santander (tanto al Norte como al Sur) en temas y situaciones viables de recrear desde la ficción sin renunciar a la calidad, al estilo cuidadoso y a una responsabilidad estética mayor (Tamayo y Botero, 2005: XXIX).

La literatura de las guerras sirvió a su vez para que los intelectuales, políticos, militares de carrera y los literatos divulgaran sus vivencias al resto de la sociedad con el propósito de justificar las causas de esos conflictos, para la publicación de las decisiones tomadas por los gobernantes o los miembros de los partidos opositores, para informar al público sobre las estrategias y tácticas heroicas dispuestas por los oficiales de los bandos en disputa en los campos de batalla, y especialmente, para impresionar al público con la representación de los horrores, contrariedades y cuestionamientos sobre el papel de la guerra por parte de los literatos que por convicción ideológica ó reclutamiento forzado fueron hechos participes de la misma. Para cumplir esas tareas, los escritores lograron con sus testimonios la divulgación de

“los secretos más íntimos o las vivencias más recónditas de quien nos hace partícipes de su propia vida” (Pérez, 1996: VII). Para ello apelaron en su mayoría a la composición de biografías y autobiografías en las cuales de forma directa (autofiguración) o indirecta (autorepresentación) lograron la exteriorización y contextualización de sí mismos como ciudadanos, dirigentes o combatientes dando prevalencia a su visión personal sobre lo acontecido. Y consigo, apelaron a la libertad de describir, interpretar y cuestionar lo ocurrido como partícipes de lo vivido sin estar condicionados al contraste de su relato con otras fuentes, testigos o publicaciones sobre los mismos (May, 1982). Siguiendo a autores como Vicente Pérez, Georges May, Mario Jursich Durán, entre otros, las creaciones autobiográficas se caracterizan fundamentalmente por la escritura o narración en primera persona del singular, los puntos de vista están fundados en la retrospectiva de lo vivido y resulta constante la intromisión o prevalencia de sus preocupaciones, obsesiones o posiciones ideológicas. La individualidad se antepone a las preocupaciones político-económicas o socio-culturales del contexto aunque los textos pueden develar el rol y status social alcanzado (memoria documentada), o por el contrario, el papel que tuvieron las vivencias narradas para alcanzar desde el anonimato la identidad y madurez social a partir del recuerdo melancólico o la fantasía recreadora de lo acontecido en un contexto de común conocimiento (recuerdo distorsionado o manipulado).

Un aspecto adicional directamente relacionado con la literatura sobre la guerra y las violencias derivadas está asociado con la armonía de intereses entre el escritor como lector y viceversa. Al escribir el autobiógrafo para satisfacer su necesidad de narrar y reafirmar lo acontecido al mismo tiempo se constituye en lector recurrente de su memoria para reafirmar sus convicciones al participar en las discusiones de los círculos literarios o las reuniones culturales partidistas, así como se promueve desde la lectura social de su perspectiva de pasado nuevas formas del imaginario y la memoria colectiva acorde al discurso del vencedor o el vencido. Con lo cual, “inclinados sobre la espalda de Narciso vemos nuestro rostro, y no el suyo, reflejados en las aguas de la fuente” (May, 1982: X). Vicente Pérez Silva al justificar la

importancia de estudiar y compilar los textos autobiográficos que representaban a los personajes más reconocidos de las letras y las artes de Colombia, y consigo a las expresiones más directas del “alma nacional”, reconoció la función cultural de la autofiguración como de la autorepresentación de los autores a través de su vida personal –ejemplar o ejemplarizante- pues a través de los mismos se logra un acercamiento directo o indirecto a su “vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras” al constituirse en “manifestación creativa de quien la refiere, ya con carácter estrictamente histórico o bien con sabor estrictamente literario, y puede abarcar desde una obra de considerable extensión, hasta una simple crónica o apunte periodístico” (Pérez, 1996: 1).

Textos autobiográficos como los producidos durante y después de la guerra de los mil días han permitido validar su reflexión sobre el público para el cual se componían, divulgaban y publicaban en períodos como la primera mitad del siglo XX al considerar que los mismos se escribían “con destino al público general o para un determinado núcleo de personas, en particular” (Pérez, 1996: 2). Siendo esas variaciones directamente relacionadas con la institución (o partido) que financiaba su publicación, el clima político que permitía o restringía la divulgación de las reflexiones personales sobre hechos colectivos acorde a las restricciones ideológicas y las censuras editoriales de los partidos y gobernantes en el poder, así como los canales comerciales o académicos de distribución, acceso, crítica y masificación o por el contrario de ocultamiento y limitación de su existencia y divulgación entre el público general. Aspectos de estudio y reflexión asociados con la producción, divulgación y recopilación de la literatura de la guerra civil de 1899 que fueron tenidos en cuenta por los principales compiladores de la misma entre quienes se encuentran Luz Mary Giraldo (2005), Gonzalo España (2003), Arbey Atehortua, Mario Palencia y Gonzalo Sánchez (2001).

Literatura histórica de la guerra. Autores como el polaco Janus Slawinski han pretendido la existencia de un consenso en “cuanto a que no se debe identificar el sujeto del enunciado lírico o narrativo con la persona real del creador” (2007) al

estudiar los niveles donde es posible reconocer al “sujeto lírico” (III) libre del contexto biográfico (I) y la acción creadora (I) del escritor. Sin embargo, el mismo Slawinski reconocía que “reina también el consenso en cuanto a que el sujeto está contenido inmanentemente en la estructura del mensaje literario”. Cuando el relato literario expresa las vivencias, emociones y reflexiones que el escritor hace después de vivir una experiencia significativa que resulta de interés general, específicamente después de las guerras y sus crímenes, esas autobiografías “fundan” al narrador con el autor y el personaje (Gutiérrez, 2005) como parte de las facetas de la autorepresentación literaria que son propias de la narrativa hispanoamericana desde sus orígenes en el siglo XVI, constituyéndose sus creaciones en mediaciones para la reflexión ética, cívica y moral de lo vivido con los hombres de todos los tiempos. El mejor ejemplo de ello es la obra literaria del veterano de guerra Miguel de Cervantes Saavedra estudiada por Carlos Gutiérrez (2005), quien reconoce la autorepresentación del escritor al inicio de sus *Novelas Ejemplares* al presentarse indirectamente a sus lectores como “Éste que veis aquí, de rostro aguileño”.

Los escritores de textos considerados o catalogados como literarios inevitablemente pretenden que lo que describen no los desnude ante la sociedad a la que pertenecen motivo por el cual siempre pretenderán ocultarse en sus personajes para mantenerse a salvo a través de la ficción. No obstante, cuando los escritores se dirigen con sus textos a la sociedad a la cual pertenecen dejan entrever con sus primeras creaciones sus pretensiones de ascenso, reconocimiento y aceptación a partir de relatos cargados de realismo y experiencias personales escritos desde la ironía, la parodia o la burla sobre sí mismos como parte de la “pulsión autorepresentacional” (Gutiérrez, 2005). Por el contrario, aquellos que ya han alcanzado la cima del prestigio y la “aristocracia” intelectual tienden a preservar su “status quo” al apelar a la ficción moralizadora, a la creación de escritos sobrios, sin pretensiones, utopías ni reclamos a través de narradores frívolos y opuestos a su ser.

Ejemplos de lo anterior se pueden reconocer en algunos fragmentos de las autofiguras y las autorepresentaciones literarias sobre la guerra de los mil días

en Santander. Lucas Caballero Barrera, abogado, periodista, empresario y general al justificar las razones por las cuales inició la guerra de los mil días en Santander, y en particular las causas del sacrificio de la generación liberal a la que había pertenecido, optó por presentarse como autor, narrador y personaje de las “Memorias de la Guerra de los Mil Días” al hacer la siguiente autofiguración a sus lectores: “Circunstancias fortuitas me colocaron en posición de ser testigo en sus intimidades de los preparativos para una guerra con fundamentos de éxito y de muchos sucesos históricos de la que se desarrolló en los trágicos mil días... Con motivo de la publicación del señor Tamayo que ha despertado interés y recuerdos entre quienes tomaron parte en aquella épica contienda, muchos compañeros de armas me han instado para que dé a conocer los hechos de que fui testigo” (Caballero, 2013: 31).

La historia novelada se constituyó en una estrategia válida para explicar los liberales a su generación y a las generaciones venideras las razones de las guerras que promovieron de forma incesante a finales del siglo XIX. El periodista y cronista Joaquín Quijano Mantilla reafirmó la necesidad de unir las vivencias del guerrero con las reflexiones y cuestionamiento del literato al escribir sus relatos y cuentos sobre lo vivido en la guerra desde la perspectiva de la autofiguración. Específicamente en el relato “Palonegro” consideró necesario iniciar haciendo la siguiente advertencia al lector que no estuvo combatiendo ni perteneció a ninguno de los bandos enfrentados en 1899: “Relatar una batalla es poner el contingente de nuestras impresiones para darle una idea al historiador que ha de hacer de ella el cuadro definitivo. Cada cual dice las cosas como le convienen, o como las vio, pero nadie está de acuerdo, en el relato de los hechos, con ninguno de los que en ellos intervinieron. Para mí la marcha del ejército liberal hacia Palonegro fue un descanso” (Quijano, 2000: 78-79).

Enrique Otero D’Costa al culminar la guerra optó, por el contrario, por la autorepresentación literaria de sus vivencias, especialmente los sucesos de la cruenta batalla en el cerro de Palonegro. En el cuento “Fraternal”, al describir el enfrentamiento a muerte de un par de hermanos reclutados por cada bando, expresó la crueldad de lo sucedido como solo podía hacerlo un sobreviviente al decir: “Lo

espantoso de aquel choque, lo violento de aquel ataque, lo recio de aquella tormenta, no tiene palabras para describirse” (Otero, 2009: 9). Sin embargo, a E. Otero le resultaba inevitable cuestionar sus propias vivencias, manifestar sus juicios de desaprobación sobre lo vivido desde la ficción de sus creaciones. Por ello en el cuento “Memento” iniciaba su autorepresentación apelando a un narrador que en primera persona decía: “¡Cómo recuerdo los dos terribles días de la batalla de Bucaramanga!. Fue en el mes de Noviembre, el mes de los días tristes y de los cielos cenicientos. El mes de los fieles difuntos” (Otero, 2009: 15-16).

El equilibrio entre autofiguración y autorepresentación a través de la narrativa del postconflicto bélico fue logrado en Colombia por el abogado caldense Maximiliano (Max) Grillo en su novela sobre la guerra de los mil días al norte y al sur de Santander. En primer lugar presenta al lector sus emociones, preocupaciones y razones ideológicas por las cuales participó y combatió en ese conflicto. Posteriormente desarrolla en veinticuatro capítulos una ficción literaria sobre personajes, hechos y conflictos de momentos de la guerra en Santander a través del soldado liberal Jorge Peralta quien representa a los verdaderos protagonistas de la misma, a “los ignorados” en los libros de historia oficial (Pérez, 2002).

Para garantizar el equilibrio anhelado entre el autor combatiente, un narrador en tercera persona y el personaje ficticio, M. Grillo advirtió a sus futuros lectores durante el desarrollo mismo de la guerra entre 1900 y 1903 lo siguiente: “Concurrí a la principal campaña de la guerra intestina de 1899, porque juzgué una obligación hacer por mi parte ese esfuerzo... Escribo con el ardor de una sangre que todavía es joven, pero me absuelvo a mí mismo del calificativo de apasionado. No deseo polémicas sobre la materia de este libro. Ojalá que a pesar de referirse a acontecimientos recientes, se le hallase sereno” (Grillo, 2008: 12-13, 22).

CAPÍTULO 5: CONCLUSIONES

En este capítulo se presentan las conclusiones del trabajo de investigación de la Tesis de Postdoctorado en Historia, cuyo objetivo general planteó la importancia de: “Contribuir a la comprensión de la historia de la guerra y el conflicto en Colombia de manera original y aplicada a partir del análisis filosófico, historiográfico y narrativo de los relatos y representaciones históricas sobre las luchas sociopolíticas y los conflictos bipartidistas en Santander durante la segunda mitad del siglo XIX”.

Objetivo específico 1: Establecer las perspectivas e innovaciones analíticas y narrativas promovidas por la filosofía –crítica- de la Historia en la redefinición subjetiva de la historiografía desde la perspectiva de los relatos locales y particulares, haciendo énfasis en el papel transformador de las perspectivas interpretativas (o hermenéuticas) en Colombia.

A partir de las propuestas interpretativas del pasado de W. Walsh, H. White y C. Gutiérrez, y considerando la perspectiva filosófica de la historia de carácter crítico y hermenéutico, se ha demostrado que sólo existe Historia cuando un historiador cargado y permeado por su propia historia decide hacer preguntas, reconfigurar el orden y la importancia de los hechos, así como llega a conclusiones o postulados hipotéticos al interpretar y proponer alternativas de respuesta a lo acontecido desde sus propio lenguaje y discurso. Así, a través del tiempo cambian tanto el objeto de estudio histórico como el estudioso del objeto histórico.

Libres e indiferentes a las prisiones teórico-conceptuales de la historología (teoría de la historia) y la historosofía (filosofía de la historia) que condicionan el hacer de los “científicos” del pasado, quienes reconstruyen el pasado sin importar sus excluyentes denominaciones como científico social, historiador, narrador o literato de manera teórica como metódica y metodológica tienen la misma pretensión: acceder desde sus estructuras internas a los pensamientos y experiencias que son propiciadas o condicionadas por las estructuras externas de la naturaleza. De tal manera, quienes

estudian y recrean los sucesos del pasado al no poder restablecer o demostrar los procesos físico-químicos y ambientales que vivenciaron sus objetos de estudios son condicionados a centrarse en los hechos y las manifestaciones psíco-físicas y sociales plasmadas en las evidencias que se conservan acerca de su existencia.

Resulta inevitable insistir que los productos culturales sobre el pasado, tanto los creados por los historiadores como por los literatos, pretenden por igual “hacer ininteligible el proceso de la historia en la respuesta a problemas del presente, razón por la cual la representación del pasado histórico cambian con las épocas y con los intereses” (Gutiérrez, 2004: 104). La historia se ha constituido en referente para la configuración y la argumentación de las innovaciones literarias, y viceversa.

Los historiadores al asumir que los vestigios del pasado no son una fuente de inocencia ni confianza ciega sobre las intenciones e intereses de quienes los compusieron o los conservaron para legitimar o reafirmar una verdad manipulada, sesgada o conveniente han optado por explorar en fuentes históricas no tradicionales, han recurrido al diálogo y el intercambio de perspectivas sobre el pasado con otras ciencias sociales y humanas, especialmente desde la Literatura de la historia como desde la Historia de la literatura.

En el caso de la Historia y la Historiografía de Colombia, el relato literario siendo una fuente válida del pasado a través del cual el hombre conserva su memoria, se representa a sí mismo y encuentra significado y presencia a través de los hombres representativos de un tiempo inexistente se constituye en una fuente no documental, no privilegiada y no ortodoxa de comprender en el presente como las gentes de épocas pasadas comprendían, vivían y daban explicaciones a los fenómenos y acontecimientos vividos. El historiador que apela a la literatura como fuente no le preocupa la veracidad, confianza u objetividad del relato concebido y manipulado por el autor literario, su interés está en poder interpretar las intenciones del escritor, en develar las preocupaciones de los seres que a través del autor manifestaban su visión, misión o confusión ante lo acontecido, y en particular, en hacer significativas las

memorias y fragmentos personales sobre el pasado que la Historia había considerado insignificantes.

A través de la literatura histórica y desde los vestigios históricos que caracterizan las narraciones históricas las nuevas generaciones de historiadores han podido presentar abiertamente sus prejuicios y juicios valorativos, así como cuestionarlos al contrastar la historiografía científica con las representaciones narrativas sobre un mismo hecho o fenómeno del pasado. Así mismo, han promovido nuevos relatos históricos en donde el contraste de opiniones e interpretaciones entre objetos de estudio y sujetos estudiosos conlleva a que la objetividad esperada sea limitada y reconsiderada de forma permanente y recurrente por las subjetividades históricas que cuestionan y critican las comprensiones, diálogos y concordancias interdisciplinarias sobre lo acaecido.

Objetivo específico 2: Identificar las características y oportunidades analíticas que ofrece la narrativa histórica en los procesos de construcción de la “memoria histórica” acerca de las guerras civiles, la violencia y el conflicto en Colombia a partir de los análisis y propuestas de G. Sánchez, S. Corcuera y H. White.

La Memoria Histórica como visión de conjunto de las víctimas que sufrieron y sobrevivieron a la violación de sus derechos humanos durante las guerras y luchas armadas anteriores y posteriores a la “Guerra de los Mil Días” en Colombia, se ha constituido en una opción válida para recordar, narrar y enjuiciar lo acontecido restando protagonismo, culto y confianza ciega a las versiones de verdad divulgadas a través de las memorias de los guerrilleros y los guerreros de la historia oficial como de la historia censurada. Con la pretensión de recordar más no repetir lo vivido la Memoria Histórica antepone la reivindicación y reparación de lo acontecido a las víctimas a todo culto a la violencia y los violentos promovido por aquellos que por generaciones han sobrepuesto sus ideales de linaje, clase, gremio o partido a los derechos revolucionarios promovidos por la modernidad cristiana como han sido la libertad, la igualdad, la fraternidad, y ante todo, a la seguridad de convivir como seres civilizados.

A las nuevas y diversas escuelas historiográficas obsesionadas por revelar lo que “verdaderamente” sucedió se suman la pluralidad de nuevos temas, nuevas fuentes históricas, contextos históricos alternativos a la visión estatal y la versión oficial de lo acontecido, nuevos ambientes y lugares para reafirmar las acciones de vencedores y vencidos, etc. Nuevas tendencias que al acercarse cada vez más a los profesionales de los estudios históricos a los expertos en los estudios literarios, sustituyendo las cronologías rigurosas por las coyunturas temporales, los héroes por personalidades particulares y las naciones por comunidades imaginadas, etc., han propiciado la necesidad de volver a “contar historias” que son significativas para todos los públicos, que analizan las tendencias repetibles o irrepetibles de personajes o hechos propios de las prácticas humanas, después de haber explorado, seleccionado, juzgado y seleccionado las fuentes históricas que resultan más acordes a sus interpretaciones e intencionalidades discursivas. Ejemplo de ello son para el caso de países como Colombia las narraciones textuales, estadísticas, audiovisuales e internéticas (o hipertextuales) que desde la historiografía de la Violencia (“violentología”) se han publicado sobre la histórica impunidad judicial, los crímenes de estado y la complicidad sociopolítica con los grupos guerrilleros y paramilitares, específicamente lo concerniente a las abominables “masacres” y “limpiezas sociales”.

Ante la imposibilidad del relato histórico como del relato literario de poder recrear o explicar el “mundo real” que se asocia a cada hecho histórico, al apelar la Historia a la Literatura se redescubre “que el relato es una forma legítima de explicación de los acontecimientos y procesos específicamente históricos” (Corcuera, 1997: 341). Incluso, géneros narrativos como el “catastrófico” propuesto por G. Droysen resultan ser el más apropiado para comprender, interpretar y narrar las historias acerca de los conflictos a corto (guerra formal o de ejércitos) y largo (guerra irregular o de guerrillas) plazo en países como Colombia después de haber sido comprobada su eficacia argumental por los eslabones de la narrativa histórica.

Objetivo específico 3: Describir las transformaciones económicas y sociales de Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX a partir de los análisis recientes

de la historia económica latinoamericana, particularmente desde las propuestas de V. Blumer – Thomas, J. Ocampo y F. Safford.

Estudiar un fenómeno histórico de la humanidad o de una nación como una “historia total”, articulando los análisis econométricos con las interpretaciones sociales, se ha constituido desde la “Historia Económica y Social” en una alternativa descriptiva y en una forma “mixta” de investigar y comparar datos, metodologías y perspectivas históricas. En el caso particular de la Historia Económica de América Latina el crecimiento exportador que caracterizó a los Estados Unidos de Colombia (1863 – 1886) como parte de las dinámicas experimentadas por las repúblicas independizadas de España ha sido resumido por Victor Bulmer-Thomas como parte de una “lotería de bienes” acorde a la cambiante demanda de alimentos, manufacturas y materias primas por parte de los países europeos y norteamericanos que nos las producían durante sus épocas de mayor estabilidad y prosperidad, así como por la carencia de las mismas en sus colonias en Asia y el Caribe.

Al aumentar las exportaciones de materias primas exóticas se incrementó la productividad al propiciarse el mejoramiento laboral y salarial en la mano de obra, y consigo, la elevación en los niveles de vida (lo cuantitativo o historia económica). Los grandes ganadores de esas decisiones y acciones eran indudablemente las élites económicas al incrementarse exponencialmente sus ganancias, así como las élites políticas liberales al demostrar las bondades de su régimen librecambista, la necesidad de aprobar sus reformas radicales contra las creencias y prácticas hispanocatólicas tradicionales y, la importancia de perpetuarse electoral e institucionalmente en el poder durante varias décadas (lo cualitativo o historia social).

Los análisis empresariales y macroeconómicos de J. Ocampo y Frank Safford han demostrado que la producción basada en la especulación no fue una característica de todos los empresarios pues solo algunos pudieron ser exportadores durante las bonanzas de tabacos y quinas, solo algunos fueron afectados por la fluctuación de los mercados y los precios internacionales, así como la mayoría optaron por producir para los mercados locales o regionales que les garantizaban

tranquilidad en las transacciones como en los precios al ser regulados por el intervencionismo estatal de precios o los monopolios gremiales de compra de las cosechas de los pequeños productores. De allí que la creciente inmigración de comerciantes y empresarios extranjeros que se dio a mediados del siglo XIX estuviese matizada por su desinterés en competir con las nacientes elites industriales colombianas obsesionadas en malgastar sus capitales en la importación de máquinas y técnicas novedosas. Por el contrario, optaron por enfocarse sagazmente en la base de la riqueza y la producción real de las regiones más distantes como fue hacer “inversiones” para la exportación de productos agrícolas y la importación de manufacturas inglesas o norteamericanas con las ganancias obtenidas.

Ese fue el caso del empresario alemán “Geo. von Lengerke” cuya vida y realizaciones empresariales desde las fuentes históricas, las narraciones literarias, las tendencias econométricas y las fuentes historiográficas permiten reconocer a partir de hechos y factores económicos y no económicos cómo un inmigrante emprendedor pasó de la condición de “ser ateo y extranjero” a la de “ser mítico y legendario” del progreso material y el desarrollo vial del occidente de Santander. Y en especial, describen cómo un comerciante alemán aprovechó sus conocimientos sobre el contexto geográfico, ambiental, social y cultural de la región en que concentró sus negocios para industrializar las nuevas fuentes de riqueza agroexportadora (tabaco, añil, café, quina) a la par de constituirse en el empresario responsable de construir, monopolizar y limitar por “privilegio” del Estado el uso de los caminos públicos por donde salían las cargas de materias primas e ingresaban las mercancías europeas más finas y demandadas por los tenderos y pequeños comerciantes de los mercados regionales y locales.

Objetivo específico 4: Analizar los efectos sociopolíticos de las decisiones de los empresarios capitalistas nacionales y extranjeros de Colombia desde mediados del siglo XIX como factores generadores de los conflictos y guerras civiles a partir de las investigaciones historiográficas y los trabajos de grado en Historia asociados con los proyectos empresariales del inmigrante Geo von Lengerke durante la existencia del Estado Soberano de Santander (1857-1886).

La condición de “bandido alemán” dada por H. Alvarado (1977) a la presencia de G. Lengerke en Santander como parte de un contexto en el que “predominaron la especulación y el robo en el marco de las relaciones económicas basadas en el poder y las influencias” (Carreño y Maldonado, 2009: 30) ha sido compartida y sustentada por los investigadores profesionales, específicamente los historiadores de la Universidad Industrial de Santander, quienes han estudiado la inmigración de mercaderes, comerciantes y empresarios alemanes durante el “olímpico radical” a partir de las fuentes documentales conservadas en los archivos históricos regionales. Y si bien la voz del ser histórico tiende a ser reconocida y restringida solo a través de lo jurado y firmado ante notarios, jueces y gobernantes no es posible desconocer el influjo y las transformaciones que se dieron con la presencia de extranjeros a quienes se les concedieron privilegios y consideraciones extraordinarias basados en la superioridad y reconocimiento como seres excepcionales de forma pública y privada.

Los inmigrantes alemanes que se residenciaron como comerciantes con tiendas, depósitos, casas comerciales, casas de campo y haciendas en ciudades andinas como Bucaramanga y El Socorro fueron integrándose gradualmente a las mismas al visitarlas y ser reconocidos por los comerciantes más reconocidos como “especuladores”, mercaderes de objetos importados o compradores de artículos de exportación asentados en ciudades como Cúcuta o Barranquilla donde se encontraban la mayor parte de sus conciudadanos. Posteriormente, al ser aceptados en los círculos de poder político-económico y las redes socioculturales al interior de cada ciudad y departamento contaron con la suficiente credibilidad, respaldo y reconocimiento de las elites de comerciantes para contratar con el Estado, así como para obtener concesiones para sus emporios agroindustriales a través de compañías empresarias, compañías mineras, compañías agrícolas, e incluso compañías socioculturales asociadas con colegios, talleres y academias.

La historiografía regional ha demostrado a partir de periódicos oficiales, instrumentos notariales y archivos judiciales que las “compañías empresarias” constructoras de caminos hacia los puertos de los ríos Lebrija y Sogamoso, y desde

allí hasta las bodegas y puertos sobre el río Magdalena, emplearon su existencia y simbolismo como rutas de progreso “para impulsar la especulación con tierras y el acaparamiento de rutas comerciales”. Siendo Lengerke y sus asociados los principales beneficiados al terminar “monopolizando la navegación del río y el propio camino, imponiendo trabas a los conductores y empresarios para impedir la libre competencia”. Aunado al estricto cobro que hizo por el uso de los caminos empedrados y los puentes colgantes que le permitió adicionalmente “acumular una pequeña ganancia de los beneficios que ofrecía el producto del cobro de los fletes y pontazgos”.

Las bondades de la “fiebre de la quina” promovida por los inmigrantes fue de tales proporciones que los comerciantes alemanes optaron por transformar los baldíos que usaban para potreros de ganados, pastos de engorde, establos de mulas y labranzas en extensas plantaciones de las mejores quinas demandadas por el mercado internacional después de ser domesticadas como monocultivos agroindustriales y sin importar poner en riesgo las fuentes de sustento de las familias y trabajadores que estaban a cargo de los caminos que las atravesaban. Sin embargo, la pretensión de controlar su oligopolio exportador conllevó a una guerra en los enclaves quinosos financiada por los empresarios extranjeros, respaldada por los Gobiernos estatal y federal y recreada por los periodistas y literatos que vivieron el conflicto.

Objetivo específico 5: Redimensionar el papel de los relatos de los combatientes y testigos de las luchas armadas al ser fuentes para la historia literaria del conflicto sociopolítico como para la literatura histórica de las guerras y las formas combinadas de violencia bipartidista e irregular a partir de las reflexiones de L. Giraldo, V. Pérez y L. Pérez Pinzón.

Las representaciones o productos culturales consecuentes a la “guerra de los mil días” demuestran que fue uno de los hechos más importantes y decisivos en la reestructuración del Estado-Nación colombiano durante el último siglo. El conflicto bélico bipartidista acabó de raíz con el régimen político federalista que infructuosamente pretendió ser restablecido por el liberalismo radical con las revoluciones de 1885, 1895 y 1899 contra el nacionalismo regenerador, extinguió lo

más selecto de toda una generación de intelectuales y literatos liberales que se sacrificaron en el campo de batalla por su partido, por un caudillo, así como permitió que el conservatismo vencedor impusiera un régimen de censura católica y la persecución policiva a los escritores liberales que sobrevivieron a la guerra, siendo sus escritos autorizados y publicados años después de su creación.

Los autores de la literatura de las Guerras Civiles fueron en su mayoría actores políticos y combatientes heroicos que representaban las características socioculturales y las disputas bipartidistas durante la segunda mitad del siglo XIX. El realismo de las vivencias, horrores y contrariedades de las ocho guerras civiles de la segunda mitad del siglo XIX fueron por sí mismas tema suficiente para la creación literaria, especialmente la “Guerra de los Mil Días” al ser la más severa de las oficialmente reconocidas. Sin embargo, la literatura de las guerras civiles al contextualizarse en las ciudades y centros urbanos donde ocurrieron las principales batallas conllevó a que los autores se preocuparan por describir los conflictos sociales y las exclusiones político-culturales que empezaban a caracterizar los crecientes procesos de emigración de la población urbana a las capitales provinciales.

Así mismo, sirvió para que los intelectuales, políticos, militares de carrera y los literatos divulgaran sus vivencias para justificar las causas de esos conflictos, las decisiones tomadas por los gobernantes o los miembros de los partidos opositores, informar al público sobre los efectos de las decisiones militares, y especialmente, para impresionar a las nuevas generaciones con la representación de los excesos, contrariedades y cuestionamientos propios de toda guerra por parte de aquellos intelectuales y literatos que por convicción ideológica o reclutamiento forzado fueron hechos partícipes de la misma. Por parte de una nueva generación de escritores que como sobrevivientes de las guerras y las luchas sociopolíticas precedentes asumieron como su obligación perpetuar su versión de la “Memoria Histórica”.

CAPÍTULO 6: RECOMENDACIONES

Las obras literarias cuyo tema central son las guerras civiles del siglo XIX son bienes culturales representativos del patrimonio cultural de la región santandereana como de la nación colombiana al constituirse en bienes simbólicos que representan el pasado que da identidad al grupo humano “santandereano”, así como cumplen propósitos sociales y políticos cuando se promocionan para promover la convivencia pacífica y potenciar la expresividad del grupo que los originó o preservó.

Esas representaciones o productos culturales posteriores o consecuentes a la Guerra de los Mil Días demuestran que fueron uno de los hechos más importantes y decisivos en la conformación del Estado-Nación colombiano durante el último siglo cuyas experiencias, cuestionamientos y decepciones sobre la lucha bélica bipartidista propició una nutrida creación de cuentos, relatos, novelas y memorias acerca de lo vivido por parte de los sobrevivientes cuya divulgación fue regulada por la aprobación y publicación oficial acorde al partido político en el poder.

Si bien durante las últimas tres décadas algunos intelectuales han promovido desde Santander el rescate, recuperación y divulgación por medio de voluminosas compilaciones antológicas de algunos de los textos asociados con la Guerra de los Mil Días ni sus selecciones ni sus estudios introductorias han ahondado en el análisis específico de las pretensiones político-ideológicas de las obras como en los cuestionamientos éticos y los juicios cívicos de los autores ante sus acciones y vivencias como miembros activos de los partidos en disputa como sus responsabilidades en los sucesos de la guerra al actuar como combatientes.

Siendo respaldada esa tesis desde el supuesto que los escritores de lo vivido o temido con sus testimonios logran la divulgación de “los secretos más íntimos o las vivencias más recónditas de quien nos hace partícipes de su propia vida” (V. Pérez).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahumada, O. (2013, mayo15). “Santos defiende la locomotora minera”. En: Portafolio. Consultado el 13 de agosto de 2013 de: <http://www.portafolio.co/economia/santos-defiende-la-locomotora-minera>
- Alvarado Tenorio, H. (1977). “Geo von Lengerke, un bandido alemán en Zapatoca”. En: La Estafeta. Madrid. No. 625.
- Angarita, R. (1868, Febrero 19). “Camino de Barranca Bermeja – Informe de la comisión encargada de recibir el camino”. En: Gaceta de Santander. Socorro. No. 488
- Ardila, B. (1948). “Prólogo”. En: Lengerke (drama). Bucaramanga: Imprenta del Departamento
- Bertola, L. y Ocampo, J. (2012). The economic development of Latin American since independence. New York: Oxford Press
- Bloch, M. (1988). Los reyes taumaturgos. México: FCE.
- Bloch, M. (1996). Apología para la historia o el oficio del historiador. México: FCE.
- Bulmer-Thomas, V. (2010). La historia económica de América Latina desde la Independencia. 2 ed. México: Fondo de Cultura Económica
- Burke, P. (1983). Montaigne. New York: Oxford University Press
- Burke, P. (1993). “Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración”. En: Formas de hacer historia. Madrid: Alianza.
- Bury, J. B. (1927). “The Science of History”. En Selected Essays. Cambridge University Press.
- Caballero, L. (2013). Memorias de la guerra de los mil días. Bucaramanga: Sic
- Cámara Colombiana del Libro (2010). Estadísticas del libro en Colombia Año 2009. Bogotá: Cámara Colombiana del Libro.
- Cardoso, C. y Pérez, H. (1987). Historia económica de América Latina. Barcelona: Crítica
- Carr, E. (1965). ¿Qué es la historia?. Barcelona: Seix Barral.
- Carrard, P. (1992). Poetics of the new history. Baltimore, London: The Johns Hopkins University Press.

- Carreño Tarazona, C. (2007). Construir Caminos para conducir cargas y especular con tierras: Los caminos de Lebrija y Sogamoso en el Departamento de Soto, 1865 - 1885. Trabajo de Grado en Historia. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander
- Carreño Tarazona, C. (2010, Jul/Dic). “Las vías hacia el Magdalena. Los caminos de Lebrija y Sogamoso en el siglo XIX”. En: Apuntes: Revista de Estudios sobre Patrimonio Cultural. Vol. 23, No. 2
- Carreño Tarazona, C. (2012, Ene-Abr). “Búsqueda de nuevas rutas comerciales. Solón Wilches y las redes de poder en García Rovira, segunda mitad del siglo XIX”. En: Historia Crítica. Bogotá. No. 46
- Carreño Tarazona, C. y Maldonado Cruz, C. (2009). “¿Espíritu visionario? Geo von Lengerke: Proyectos comerciales y de caminos en la segunda mitad del siglo XIX”. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. Bogotá. Vol. 36, No. 2
- Centeno Báez, D. (2010). Economía, política y ferrocarril en Santander: La construcción del ferrocarril de Soto al Magdalena: 1870 – 1885. Trabajo de Grado en Historia. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander
- Chartier, R. (1995). El mundo como representación. Barcelona: Gedisa.
- Collingwood, R. G. (1965). Idea de la historia. (2 ed). México: Fondo de Cultura Económica.
- Collingwood, R. G. (1970). Ensayos sobre filosofía de la historia. Barcelona: Barral.
- Collingwood, R. H. (1940). An essay on metaphysics. Oxford: Clarendon Press.
- Colombia (1991). Constitución Política. Bogotá: Imprenta Nacional
- Colombia (2005). Ley 975 de 2005 (Ley de Justicia y Paz). Bogotá: Senado de la República.
- Colombia (2010). Ley 1424 de 2010 (Ley de verdad, justicia y reparación). Bogotá: Senado de la República.
- Colombia (2010). Ley 1448 de 2011 (Ley de víctimas y restitución de tierras) (Ley de verdad, justicia y reparación). Bogotá: Senado de la República.
- Colombia (2011). Decreto 4803 de 2011. Bogotá: Presidencia de la República.
- Conciencias (2013). Convocatoria 627 de 2013. Bogotá: Colciencias.

- Corcuera de Mancera, S. (1997). Voces y silencios en la historia siglos XIX y XX. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dávila, C. (1986). El empresario colombiano: una perspectiva histórica. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Estudios Interdisciplinarios
- Dávila, C. (2011). “Tres estudios recientes sobre el empresariado en Colombia: De la post independencia a la mitad del siglo XX”. En Safford, F., Molina Londoño, L., y Meisel Roca, A. Visión y actuación del empresariado en Colombia, 1820 - 1950. Bogotá: Universidad de los Andes (Monografías de Administración Historia del Desarrollo Empresarial No. 106)
- Dávila, C. “Tres estudios recientes sobre el empresariado en Colombia: De la post independencia a la mitad del siglo XX”. En: Visión y actuación del empresariado en Colombia, 1820 - 1950. Bogotá: Universidad de los Andes. No. 106.
- Descartes, R. (2006). El discurso del método. Madrid: Tecnos.
- Droysen, J. (1983). Histórica. Lecciones sobre la enciclopédica y metodología de la historia. Barcelona: Alfa.
- Duica, W. (2004). “Realismo sin hechos”. En Gutiérrez, C. Ed. No hay hechos, sino interpretaciones. Bogotá: Universidad de los Andes – Departamento de Filosofía.
- Duque, M. (2005, Ene-Jun). “Comerciantes y empresarios de Bucaramanga (1857 – 1885): Una aproximación desde el neoinstitucionalismo”. En: Historia Crítica. Bogotá. No. 29
- El Comercio (2012, 24 junio). “Estos son los diez libros más leídos en la historia”. En Comercio.pe. [Artículo en Línea]. Consultado el día 05 de agosto del 2013 de: <http://elcomercio.pe/espectaculos/1432236/noticia-estos-son-10-libros-mas-leidos-historia>
- Escovar, A. (2005). “La cicatriz de Lengerke”. En: Barichara, 300 años de historia y Patrimonio. Bogotá: Letrarte
- España, G., Atehortua, A. y Palencia, M. (2003). Narrativa de las Guerras Civiles Colombianas. Bucaramanga: UIS. 7 vol.
- Estados Unidos de Colombia – Estado de Santander (1882, julio 7). Gaceta de Santander. Socorro. No. 1580

- Febvre, L. (1970). Combates por la historia. Barcelona: Ariel
- Ferrater Mora, J. (1984). Cuatro visiones de la historia universal: San Agustín, Vico, Voltaire, Hegel. (2 ed). Madrid: Alianza.
- Foucault, M. (1997). Nieztche, la genealogía, la historia. Madrid: Pretextos
- Gadamer, H. (1977). Verdad y método. Salamanca: Sígueme.
- García Aguilar, E. (1996). Veinte ante el milenio. Bogotá: Presidencia de la República
- Geertz, C. (1988). La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa
- Giraldo, L. (2005). Cuentos y relatos de la literatura colombiana. Bogotá: Fondo de Cultura Económica. 2 T.
- Gómez, P. (1983). La otra raya del tigre. Bogotá: Oveja Negra.
- Grillo, M. (2008). Emociones de la guerra. Relato de la guerra de los mil días en el Gran Santander [Los ignorados, 1912]. Bucaramanga: UIS
- Gutiérrez, C. (2004). “No hay hechos, sólo interpretaciones. La universalidad de la interpretación”. En: No hay hechos, sino interpretaciones. Bogotá: Universidad de los Andes – Departamento de Filosofía
- Gutiérrez, C. (2005). “Narrador, autor y personaje: Facetas de la autorepresentación literaria en Góngora, Lope, Cervantes y Quevedo”. En: Especulo, Revista de Estudios Literarios. Madrid.
- Hegel, G. (1985) Lecciones sobre la filosofía de la historia universal. Madrid: Alianza
- Henaó, J. y Arrubla, G. (1911). Historia de Colombia. Bogotá: Imprenta Eléctrica.
- Heródoto (1983). Historia: Los nueve libros de la historia. Bogotá: Oveja negra.
- Ibarra Bellón, A. (1998). El comercio y el poder en México, 1821-1864. La Lucha por las fuentes financieras entre el Estado central y las regiones. México: FCE Universidad de Guadalajara.
- Jaramillo González, S. (2010). Diario de la luz y las tinieblas Francisco José de Caldas. Bogotá: Universidad de los Andes – Departamento de Humanidades y Literatura.
- Kalmanovitz, S. (2008, Jul/Dic.). “Consecuencias económicas de la Independencia en Colombia”. En: Revista de Economía Institucional. Bogotá. Vol. 10, No. 19.

- Kalmanovitz, S. (2010a). “La evolución económica de 1886 a 1905 y las condiciones políticas del crecimiento moderno”. En: Nueva historia económica de Colombia. Bogotá: Taurus – Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Kalmanovitz, S. (2010b). “La formación de la Nación y el federalismo”. En: Nueva historia económica de Colombia. Bogotá: Taurus – Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Le Goff, J. (1991). Pensar la historia. Barcelona: Paidós.
- Legrand, C. (1988). Colonización y protesta campesina en Colombia (1850 – 1950). Bogotá: Universidad Nacional
- Lledó, E. (1978). “Notas semánticas sobre el origen de la filosofía y de su historia”. En Lenguaje e historia. Barcelona: Ariel, 1978.
- Martínez Ojeda, E. (2001). La guerra de tres años Testimonio histórico de los tres primeros meses en la Guerra de los Mil Días. Bucaramanga: Universidad Autónoma de Bucaramanga, Facultad de Comunicación, Programa de Literatura.
- Martínez, C. (1880, octubre 31). “Revistas Políticas”. En: El Repertorio Colombiano. T. 1. Bogotá: Imprenta Nacional, 1934.
- May, G. (1982). La autobiografía. México: Fondo de Cultura Económica
- Molina Londoño, L. (1998). Empresarios colombianos del siglo XIX. Bogotá: Ancora
- Nietzsche, F. (1980). Sämtliche Werke, Kritische Studienausgabe [Obras completas]. Berlín: Bd.
- Ocampo, J. (1984). Colombia y la economía mundial. Bogotá: Siglo XXI
- Ocampo, J. (1984). Colombia y la economía mundial: 1830 – 1910. Santafé de Bogotá: Siglo Veintiuno Fedesarrollo
- Ocampo, J. (2013, junio 24). Conferencia y ronda de preguntas durante la presentación del libro “The economic development of Latin American since Independence”. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Otero D’costa, E. (2009). Cuentos. Bucaramanga: UIS
- Pérez Pinzón, L. (2013a). “El General José Santos: Héroe y villano de la Regeneración”. En: Una familia Santos de Santander y Colombia. Bucaramanga: Cámara de Comercio de Bucaramanga – Comité Universidad Empresa Estado de

Santander. Consultado el 28 de agosto de 2013 de: <http://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=8168,7812,1,1,8168&g=85771>

Pérez Pinzón, L. (2013b). Historiar la muerte II Representaciones sobre el “buen morir por la patria” entre los revolucionarios de Colombia. Bucaramanga: UIS.

Pérez Silva, V. (1996). La autobiografía en la literatura colombiana. Bogotá: Presidencia de la República

Platón (1992). Diálogos: Teeteto. Madrid: Gredos.

Quijano Mantilla, J. (2000). “Palonegro”. En: La Guerra de los mil días en las letras santandereanas. Bucaramanga: Sic

Ramírez, A. (2009). Los efectos de la extracción y exportación de la corteza de quina en el Departamento de Soto, Estado Soberano de Santander, 1876 – 1884. Trabajo de Grado en Historia. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander

Ramírez, J. y Fortou, J. (2011, ago). “Una comparación cuantitativa de las guerras civiles colombianas, 1830 – 2010”. En: Análisis político. Bogotá: Iepri. Consultado el 28 de agosto de 2013 de: http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0121-47052011000200001&script=sci_arttext

Ramos Peñuela, A. (2000). Los caminos al río Magdalena. La frontera del Carare y el Opón. 1760 - 1860. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica

Ribeiro, D. (1992). Las Américas y la Civilización: Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos. Caracas: Biblioteca Ayacucho

Ricoeur, P. (1985). Tiempo y narración. México: Siglo XXI.

Ricos y pobres (2013). Seres humanos mueren por millones en Somalia. Consultado el 13 de agosto de 2013 de: <http://ricos-y-pobres.blogspot.com/2011/07/seres-humanos-mueren-por-millones-en.html>

Rodríguez Plata, H. (1968). La inmigración alemana al estado soberano de Santander en el S. XIX. Bogotá: Editorial Kelly

Rojas, R. (2009). Cuatro empresarios: Bucaramanga 1857 – 1886. (Geo von Lenguerke, Francisco Ordóñez Rodríguez, David Puyana y José María Valenzuela). Trabajo de Grado en Historia. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, Escuela de Historia

- Safford, F. (2011). “1. Pautas en la vida empresarial de Colombia en el siglo XIX”. En: Visión y actuación del empresariado en Colombia, 1820 - 1950. Bogotá: Universidad de los Andes. No. 106.
- Sánchez, G. (2013). Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad, Informe General Grupo de Memoria Histórica. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Sánchez, G. y Palencia, M. Comp. (2001). Memoria de un país en guerra Los Mil Días: 1899 - 1902. Bogotá: IEPRI Planeta
- Serrano Gómez, L. (1948). Lengerke (drama). Bucaramanga: Imprenta del Departamento
- Slawinski, J. (2007). “Sobre la categoría de sujeto lírico”. En: Texto y contextos. La Habana. (2)
- Spengler, O. (2006). La decadencia de Occidente. Buenos Aires: Editorial virtual
- Stone, L. (1986). “El resurgimiento de la narrativa: Reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”. En: El Pasado y el presente. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tamayo, D. y Botero, H. Comp. (2005). Los inicios de una literatura regional: La narrativa antioqueña en la segunda mitad del siglo XIX (1855 -1899). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia
- Thompson, E. (1989). La formación de la clase obrera en Inglaterra. Barcelona, Crítica
- Toynbee, A. (1971). Estudio de la historia. Madrid: Alianza.
- Trevelyan, G. B. (1913). “Clío, a muse”. En Clío, a muse, and other essays literary and pedestrian. London: Longman’s, Green.
- Tucídides (1986). Historia de la guerra del Peloponeso. Barcelona: Orbis
- Unesco – Cerlac (2012, dic). El libro en cifras Boletín Estadístico del libro en Iberoamérica. Bogotá. 1 (2), 5
- Walsh, W. H (1980). “Historia y ciencias”. En: Introducción a la filosofía de la historia. México: Siglo XXI.
- Walsh, W. H. (1980). “¿Qué es la filosofía de la historia?”. En: Introducción a la filosofía de la historia. México: Siglo XXI.
- Walsh, W. H. (1980). “Los límites de la historia científica”. En: Introducción a la filosofía de la historia. México: Siglo XXI.
- White, H. (1992). Metahistoria. México: Fondo de Cultura Económica.
- White, H. (1992a). El contenido de la forma. Barcelona: Paidós.
- Wikipedia (2013). Filosofía de la historia. [Artículo en Línea]. Consultado el día 25 de julio del 2013 de: https://es.wikipedia.org/wiki/Filosof%C3%ADa_de_la_historia